

¿Hay cueche después de la bala?

Laura Daniela Maya Moreno





Mujer
el quagua llora

TK!



Sembrados
en el Cascajo



No me demoro nada!



Cueche



¿Hay cueche después de la bala?

Laura Daniela Maya Moreno

Este proyecto fue presentado y seleccionado como beneficiario del apoyo económico del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Filología Hispánica, financiado por la Facultad de Comunicaciones y Filología y por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia.

Esta publicación ha sido realizada dentro del pregrado de Filología Hispánica de la Universidad de Antioquia en enero de 2024.

La investigación contó con la aprobación del cabildo Quillasingas de la Montaña en Santiago, Putumayo.

El proyecto investigativo hace parte del Semillero de Investigación Diversidades y Saberes Ancestrales.

Adscrito al Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL).

Con el apoyo y tutoría del profesor Selnich Vivas Hurtado.

Ilustración y diagramación: Robinson Yela Bastidas.





Agradecimientos

Pay, pay

A mis padres quienes apoyaron cada sueño que he tenido y han sido el impulso de mis metas.

A mi Telcita quién es mi aliento de vida.

A mi familia que ha sido mi refugio y mi cimiento.

A Rubiela Ramos, Deifilia Revelo, Etelvina Revelo y Lily Moreno, mujeres valientes, fuertes y resilientes que me permitieron adentrarme en sus recuerdos para hacer la escritura de estos cuentos. Muy agradecida de ser parte de su familia y contribuir con la visibilización de sus historias.

Pay, pay a la comunidad Quillasinga y especialmente a los Quillasingas de la Montaña, quienes me permitieron realizar la investigación y me colaboraron con la palabra de sabiduría.

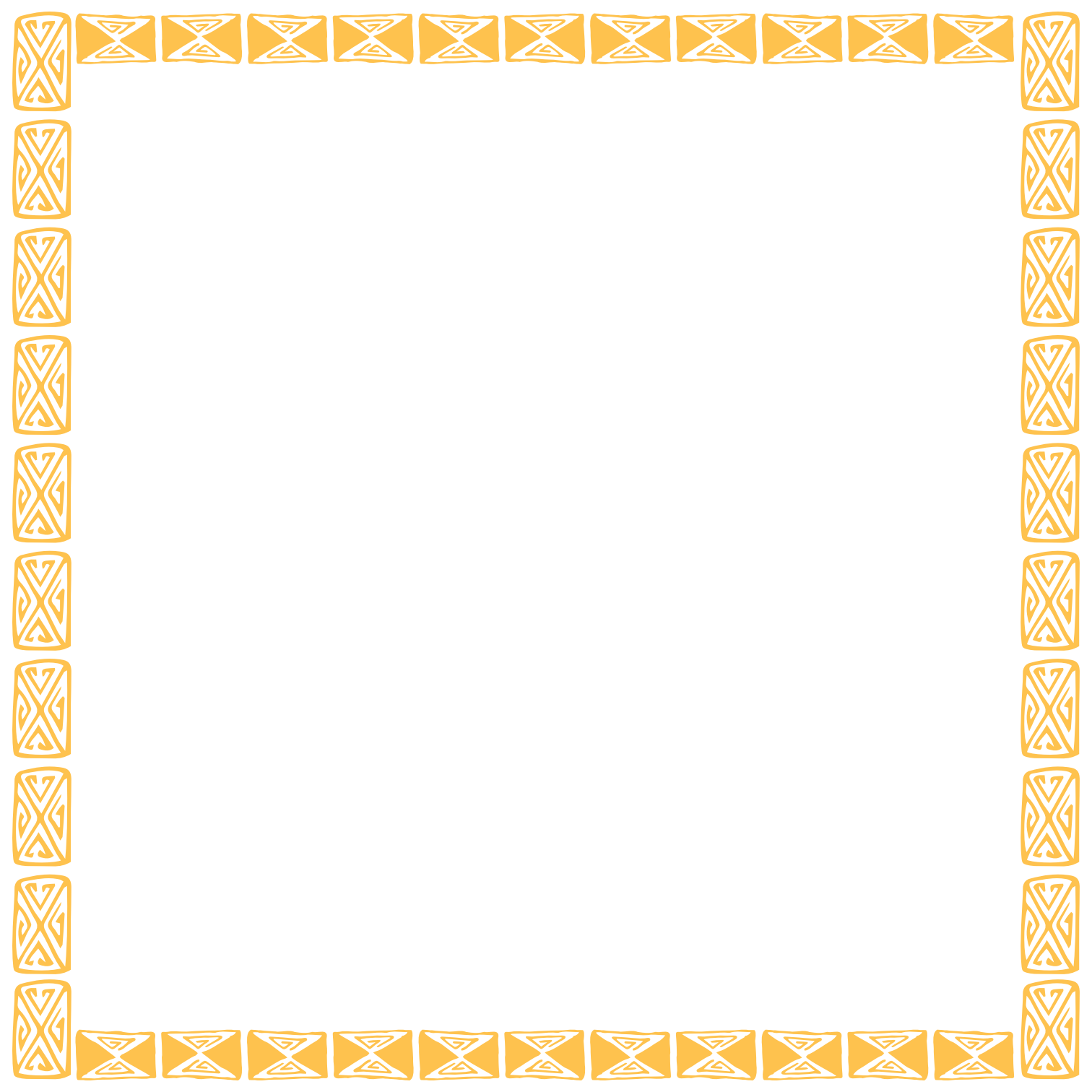
Muchas gracias a la Universidad de Antioquia, profesores y compañeros, quienes me han acompañado y guiado en este camino de aprendizaje y amor por las letras

Jaka figura al Semillero de Investigación Diversidades y Saberes Ancestrales, quienes han hecho amanecer una nueva esperanza en mí.

Jamánomo figura a yofueraima Selnich Vivas Hurtado, quien con su guía y ejemplo regresó mi voz, mi palabra y mi pasión por la escritura.

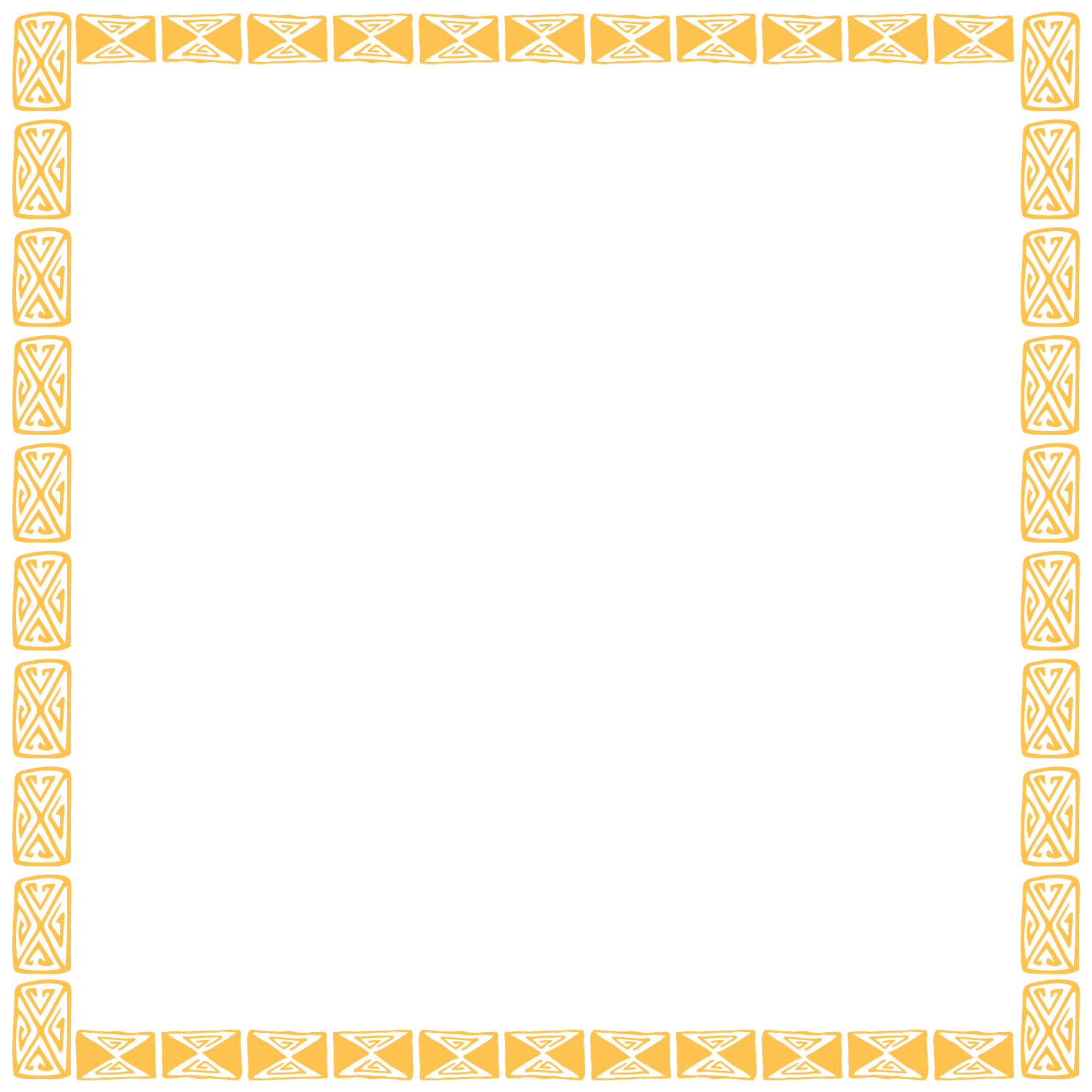
A mis tíos, Clemente Jamanoy y Hernan Revelo. Los maestros que me guiaron y encendieron en mí, el amor por las letras.

Pay, pay a Ida, Mauricio y Raúl, quienes crearon mundos con sus palabras. Su tradición, vida y dulzura llenará mi escritura como un eterno homenaje a todas sus enseñanzas. Son para siempre el sol que nutre mis sueños.



Mujer,
el guagua llora





–Papi, ¿ese es un avión fantasma?

–No, hija, así le dicen porque es difícil de observar entre las nubes y casi no hace ruido.

–Hmmm.

La niña dejó de mirar la grabación y salió al jardín. Siempre lleno de colores y flores. Hoy no salió a jugar ni con sus primos, ni con su vecina. El aire puro jugaba con sus rizos y el sol escondido permitía a su audaz vista explorar los cielos. El avión fantasma no era bonito, pensó. Si uno había aterrizado en el pueblo otro podría llegar a su casa. Podían pintarlo de rosa o de azul, el papi Chuy (su abuelo) podía hacer todo, seguramente lo pintaría y le pondría escaleras para ella. Será una casita para jugar, pensó. Llevaría su cobija y sus muñecas y les pondría flores, viajarían hasta Pasto en ese avión y llevaría a Mau en él para que jugaran. Podría incluso ir hasta Costa Rica donde su prima y ver la escuela donde Cami estudiaba.

Pero el avión no apareció. Las nubes se separaban y se unían formando todo tipo de seres.

–¿Qué es que tanto ve, niña Laurita?

–El avión fantasma, Jesu. Pero no llegó; mi papá sí lo vio.

–¡Uhhh! ¿Y para qué quiere verlo? –dijo la muchacha mientras escurría una camisa en el lavadero.

–Para, para que venga aquí y hacer una casita para las muñecas.

–¡Ay, calle! ¿Cómo va a ser ese avión para las muñecas? No ve que eso es grandote, eso no alcanza en la casa.

La niña la miró aburrida y se sentó en la tierra. Con un chamizo empezó a hacer pequeños cercos entre las flores.

–Doña Etel, venga a ver.

La curiosidad sobresaltó a la niña quién instintivamente miró al cielo en

busca de su avión, pero no lo encontró.

—¿Qué pasó? —una mujer con el cabello castaño corto y un trapo en las manos apareció corriendo.

—Vea, mire, ya están bajando otra vez, yo me voy a ir ahorita —Jesu señaló con la cabeza la montaña que estaba en frente. A lo lejos se veía salir de entre los árboles unas cabezas y sombreros que zigzagueaban por la ladera de la montaña.

—Uy sí, vaya de una vez. Deje eso ahí lo terminamos mañana, tápelo no más y váyase ligero —Jesu hizo rápidamente lo que le pidió y se secó las manos agitándolas en el aire.

—Mija, éntrese.

—Es temprano.

—Éntrese y juega allá en la pieza. Ya viene su mamá y la regaña por desobediente.

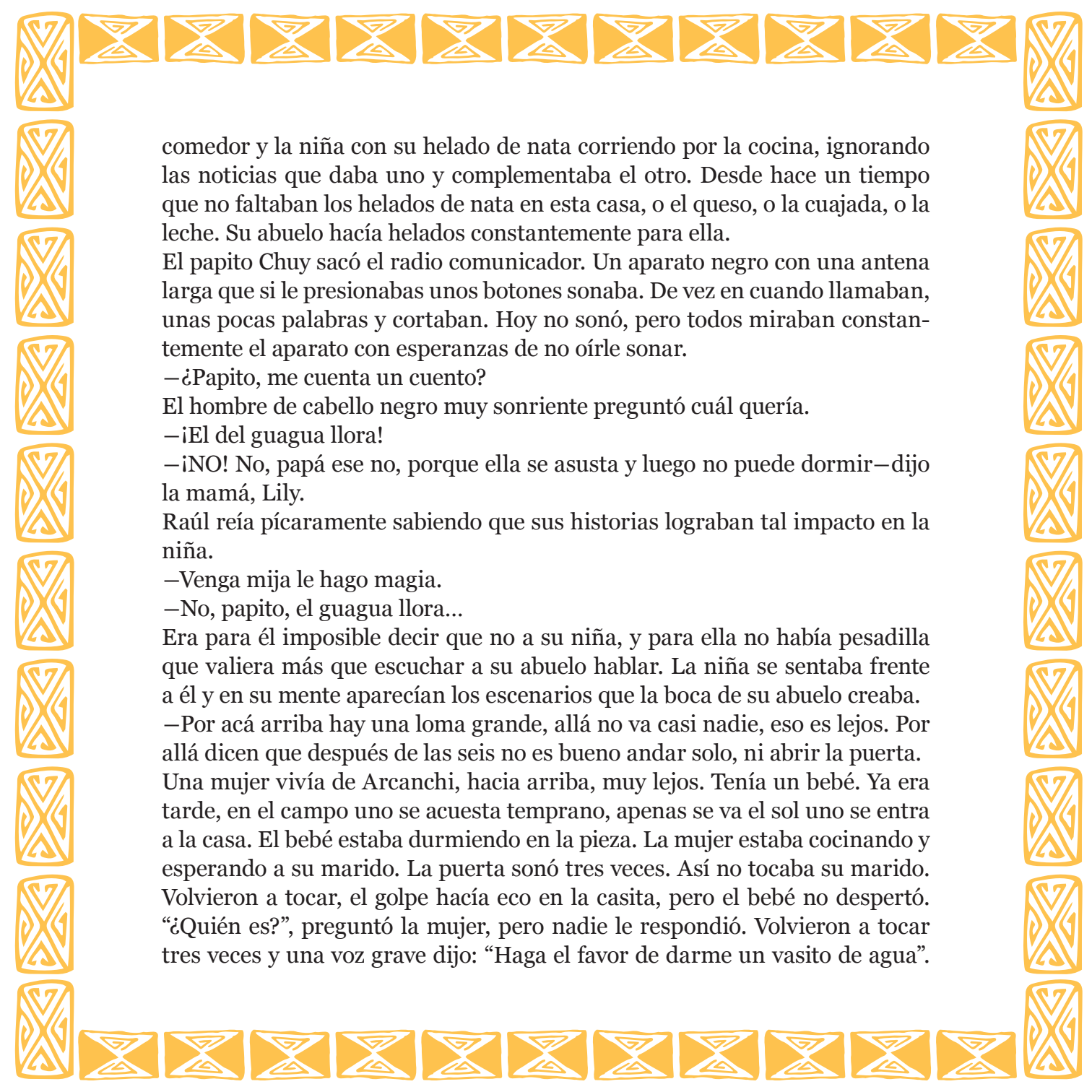
Su abuela la regañaba, pero no la miraba a ella, sus ojos permanecían en la montaña. Sus manos se apretaban fuerte y los ojos se llenaban de lágrimas. La entereza y la fuerza se le estaban escapando día a día. Entre cada noticia, entre cada bala, se iba agotando su fe. La angustia de no saber quién regresaría al final de la noche, quién llamaría y qué noticias malas tendrían que afrontar. La puerta de la casa se abrió y la mujer dijo: “Raúl”. Era el único que podía cambiar cualquier estado de la niña de inmediato. La pequeña figura corrió por la cocina y el salón hasta encontrar las piernas que abrazó con fuerza.

—¡Papito Chuy!

Unas manos la alzaron y la llevaron hasta una boca que daba besos rasposos en sus mejillas por el roce de la barba.

—A mí no me saludan así —dijo la madre de la niña cerrando la puerta.

La puerta se cerró con llave y la conversación empezó. El café servido en el



comedor y la niña con su helado de nata corriendo por la cocina, ignorando las noticias que daba uno y complementaba el otro. Desde hace un tiempo que no faltaban los helados de nata en esta casa, o el queso, o la cuajada, o la leche. Su abuelo hacía helados constantemente para ella.

El papito Chuy sacó el radio comunicador. Un aparato negro con una antena larga que si le presionabas unos botones sonaba. De vez en cuando llamaban, unas pocas palabras y cortaban. Hoy no sonó, pero todos miraban constantemente el aparato con esperanzas de no oírle sonar.

—¿Papito, me cuenta un cuento?

El hombre de cabello negro muy sonriente preguntó cuál quería.

—¡El del guagua llora!

—¡NO! No, papá ese no, porque ella se asusta y luego no puede dormir—dijo la mamá, Lily.

Raúl reía pícaramente sabiendo que sus historias lograban tal impacto en la niña.


—Venga hija le hago magia.

—No, papito, el guagua llora...

Era para él imposible decir que no a su niña, y para ella no había pesadilla que valiera más que escuchar a su abuelo hablar. La niña se sentaba frente a él y en su mente aparecían los escenarios que la boca de su abuelo creaba.


—Por acá arriba hay una loma grande, allá no va casi nadie, eso es lejos. Por allá dicen que después de las seis no es bueno andar solo, ni abrir la puerta.

Una mujer vivía de Arcanchi, hacia arriba, muy lejos. Tenía un bebé. Ya era tarde, en el campo uno se acuesta temprano, apenas se va el sol uno se entra a la casa. El bebé estaba durmiendo en la pieza. La mujer estaba cocinando y esperando a su marido. La puerta sonó tres veces. Así no tocaba su marido. Volvieron a tocar, el golpe hacía eco en la casita, pero el bebé no despertó. “¿Quién es?”, preguntó la mujer, pero nadie le respondió. Volvieron a tocar tres veces y una voz grave dijo: “Haga el favor de darme un vasito de agua”.



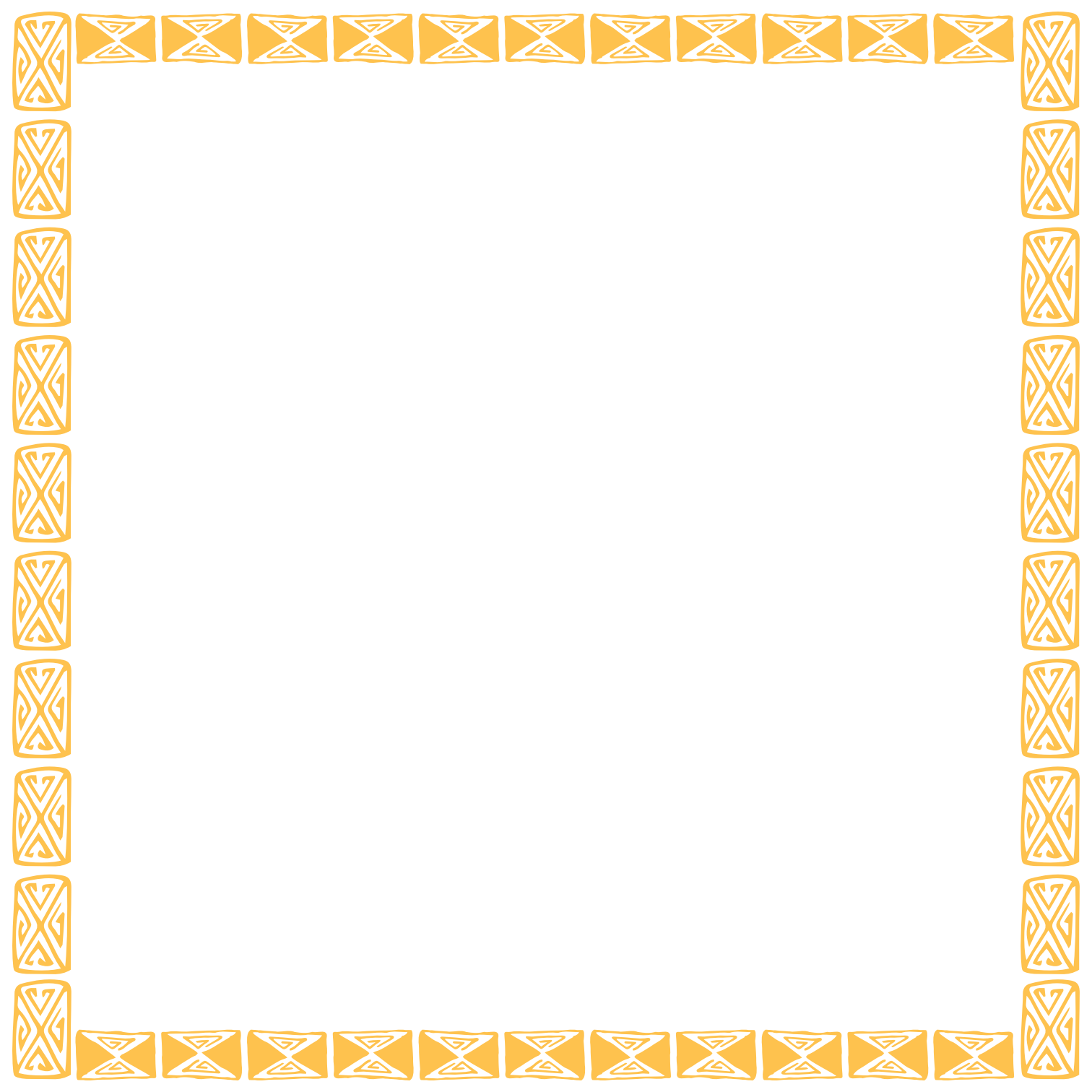
La mujer como una persona siempre generosa abrió la puerta y recibió al extraño. Era un hombre muy blanco, con un sombrero, y botas de trabajo sucias, llenitas de barro ya seco. Lo hizo sentarse en la mesa y fue a buscarle el agua. Pero cuando llegó con el vaso, el hombre se había quedado dormido con los brazos cruzados y la cabeza hacia adelante. La mujer intentó despertarlo, pero no lo logró. Le hablaba, le tocaba el brazo, pero no despertó. Se hacía tarde y su marido no llegaba. El sombrero del señor se resbalaba y la mujer con curiosidad se lo quitó. El hombre tenía el cabello dorado y largo. Era el cabello más hermoso que había visto. La mujer se acercó a tocarlo, era muy suave, no podía dejar de acariciarlo. Brillaba entre sus manos como si todavía estuviera el sol en el cielo. Hasta que sintió una punzada en el dedo. Miró su mano y estaba llena de sangre. Pensó que le había hecho una herida con las uñas. Se puso a buscar la herida en la cabeza del hombre y encontró algo que jamás había visto. Entre el cabello dorado había una boca con colmillos enormes entrecruzados que estaban cubiertos de sangre y trozos de carne. La mujer se asustó y gritó fuerte. Eso despertó al hombre, pero también a la boca de su cabeza, que empezó a abrirse y cerrarse. El hombre se puso de pie e intentó agarrar a la mujer, ella salió corriendo por la puerta gritando horrorizada. No iba muy lejos y escuchó a su bebé llorando. Giró y estaba el hombre, mucho más alto de lo que se había mostrado en un principio y cubierto de sangre el pecho, con su bebé sostenido por tobillo en una de las garras. El hombre sonreía y gritaba agitando al bebé: “Mujer, el guagua llora”. El hombre corrió tras ella, pero sin importar cuánto corría y cuanto se alejaba de la casa escuchaba cada vez más cerca... Mujer, el guagua llora...

La madre tenía razón; durante la noche la niña no conseguía dormir. En la cama, con mamá y papá, intentaba ver algo en la televisión, pero a esa hora ya no había nada para ella. De pronto un ruido seco cortó el aire de sus padres por unos segundos. Pronto la casa entera reaccionó y en cada habitación



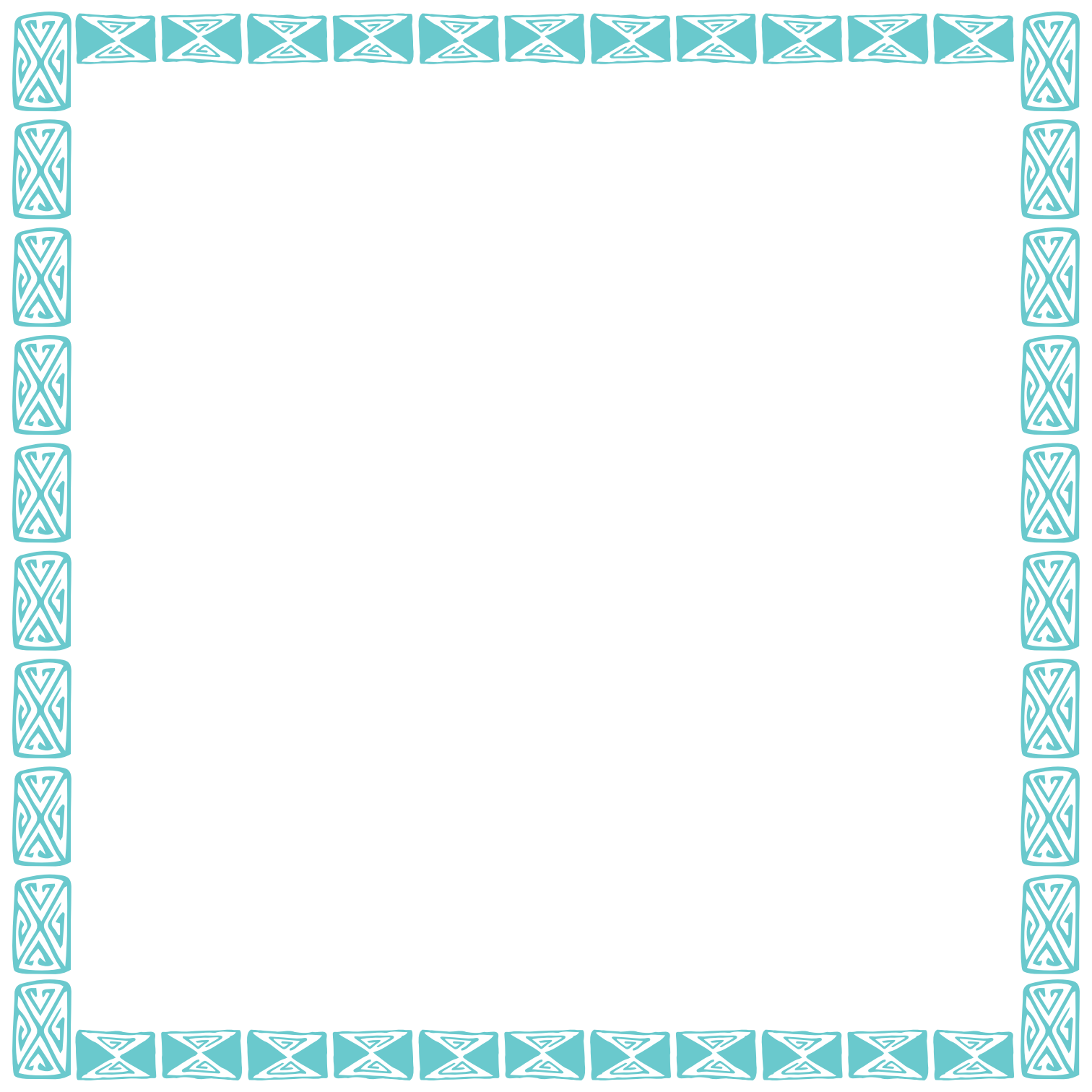
apagaron las luces y se metieron bajo las camas. Todas ya estaban adaptadas, tenían ladrillos en las patas. Linternas y colchonetas les esperaban abajo. Sin embargo, la cama de la niña era diferente. La cama matrimonial era amplia y alcanzaban a refugiarse los tres bajo ella. La madre, protegiendo a su pequeña, creó un mundo mejor para ella. Tenía linterna, cobijas, peluches y libros. Especialmente libros. No imaginaba la madre que este recurso que eligió para salvarla sería tan decisivo en toda su vida. Para la niña las balas eran aquello que sonaba fuerte, que impactaba a veces en las casas dejando huecos que ella y sus amigos contaban a manera de juego y competían encontrando la mayor cantidad de huecos en las casas. No era más que ese ruido que decían que era la guerrilla, algo tan incomprensible para ella que no dimensionaba todo aquello que estaban perdiendo.

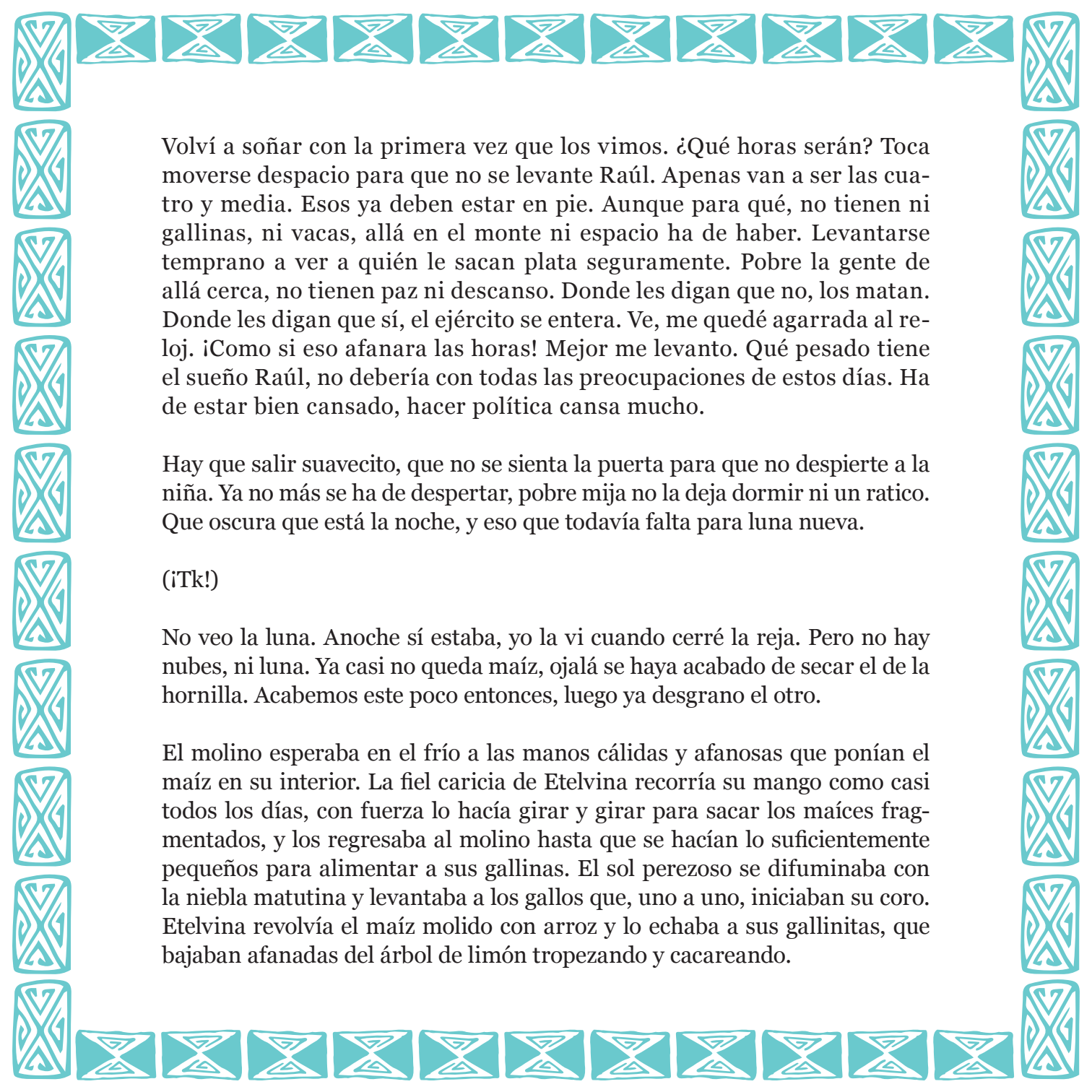
Su madre encendía la linterna y con ella la imaginación de la niña. Los tres refugiados bajo la cama escuchaban historias de osos, tortugas, niñas y bicicletas. A veces historias repetidas, con finales calmantes y con colores brillantes en cada dibujo que hacían que la niña permaneciera en los libros. Sin embargo, la noche pasaba y las balas no cesaban. Los libros ya se habían acabado y la madre empezó a narrar una a una las historias de los libros que había leído, recortando casi toda la trama pues no era para niños. Las historias se iban acabando y los pequeños ojos seguían mirándola expectante. Esta no era la vida que ella quiso para su hija. Y unas lágrimas furtivas bajaban por su rostro, ya no tenía historias, pero no podía dejar que su hija sintiera el miedo que ella tenía. Con la carga del sueño y la preocupación fue conectando personajes y una nueva historia para su hija, que poco a poco se quedó dormida. Las balas cesaron y pudo llorar por fin. Susurró para sí misma: Papá, tu guagua llora.



iTK!








Volví a soñar con la primera vez que los vimos. ¿Qué horas serán? Toca moverse despacio para que no se levante Raúl. Apenas van a ser las cuatro y media. Esos ya deben estar en pie. Aunque para qué, no tienen ni gallinas, ni vacas, allá en el monte ni espacio ha de haber. Levantarse temprano a ver a quién le sacan plata seguramente. Pobre la gente de allá cerca, no tienen paz ni descanso. Donde les digan que no, los matan. Donde les digan que sí, el ejército se entera. Ve, me quedé agarrada al reloj. ¡Como si eso afanara las horas! Mejor me levanto. Qué pesado tiene el sueño Raúl, no debería con todas las preocupaciones de estos días. Ha de estar bien cansado, hacer política cansa mucho.

Hay que salir suavcito, que no se sienta la puerta para que no despierte a la niña. Ya no más se ha de despertar, pobre hija no la deja dormir ni un ratico. Que oscura que está la noche, y eso que todavía falta para luna nueva.

(¡Tk!)

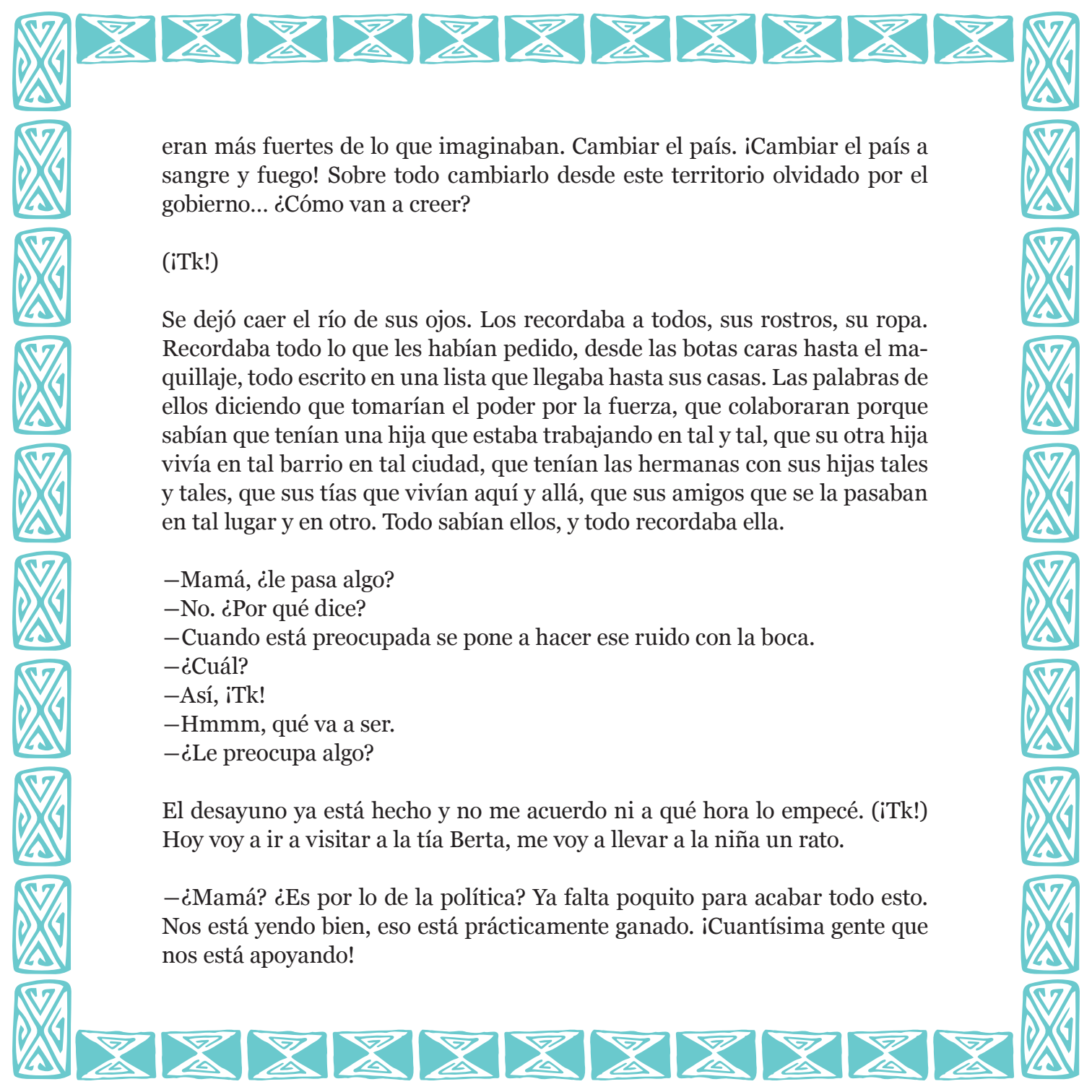
No veo la luna. Anoche sí estaba, yo la vi cuando cerré la reja. Pero no hay nubes, ni luna. Ya casi no queda maíz, ojalá se haya acabado de secar el de la hornilla. Acabemos este poco entonces, luego ya desgrano el otro.

El molino esperaba en el frío a las manos cálidas y afanosas que ponían el maíz en su interior. La fiel caricia de Etelvina recorría su mango como casi todos los días, con fuerza lo hacía girar y girar para sacar los maíces fragmentados, y los regresaba al molino hasta que se hacían lo suficientemente pequeños para alimentar a sus gallinas. El sol perezoso se difuminaba con la niebla matutina y levantaba a los gallos que, uno a uno, iniciaban su coro. Etelvina revolvía el maíz molido con arroz y lo echaba a sus gallinitas, que bajaban afanadas del árbol de limón tropezando y cacareando.



Qué pena de las vaquitas. Desde aquí medio se alcanza a ver la loma donde tiene el terreno doña Isabel. Tan cerca que era de la casa de nosotros. Claro que frío sí hacía, y cuando había invierno todo se volvía chuquia. Pero qué bonito que era tener todo el ganado, llevar al niño al campo. Qué pena mi Laurita no alcanzó a verlo. Qué pena tan grande vender todito no más para esa gente, ya se han de haber gastado todo, eso no les dura nada. (¡Tk!) Si eso mandan a llevar hasta aguardiente. Y tan formales que se veían ese día. Para qué voy a mentir, bien formales estuvieron con nosotros. ¿Cómo no iban a estar si nos iban a sacar plata? (¡Tk!) ¿Cuántas veces nos han llevado allá? (¡Tk!) Se ve despejado el Patascoy. Quizá debimos irnos apenas mataron a toda esa gente allá. Es que sabíamos que estaban, se escuchaba de gente que los veía subir, o cuando se supo que estaban matando a los ganaderos. Decían muchas cosas, pero parecía lejano a nosotros, y cuando mataron a don ..., el que nos compraba la leche, ahí ya no había ni qué negar, eran ellos.

La mañana se dejaba contemplar por los ojos tristes y ausentes de Etelvina, que no miraba ni a los sembrados, ni al Patascoy. Sus ojos estaban en meses atrás, haciendo el recorrido para llegar al campamento de esos hombres. Subiendo la loma, cruzando puentes de palos, yuspiéndose con las ramas, ensuciándose con barro, llevando a su nieta en brazos, escuchando a esos hombres pedirles una lista de alimentos, de ropa. Su nieta cargada por uno de esos hombres con fusil, tan pequeña que no entendía y les sonreía. El camino se dejaba andar, por ellos, por los guerrilleros, por los indígenas, por los campesinos. Los llevaba hasta lo más alto de las montañas. Y allí unos y otros verían qué hacer. El camino que había conectado a todos los que habitaban el valle, que habría traído enseñanzas, anécdotas, risas, hoy era un camino de miedo. Subían sin preguntar nada, escuchando a cada uno de los muchachos. Eran ellos mismos los que a veces pasaban por la casa y pedían tinto. No, tinto no, chocolate les gustaba a ellos. Tan jovencitos y sus palabras



eran más fuertes de lo que imaginaban. Cambiar el país. ¡Cambiar el país a sangre y fuego! Sobre todo cambiarlo desde este territorio olvidado por el gobierno... ¿Cómo van a creer?

(¡Tk!)

Se dejó caer el río de sus ojos. Los recordaba a todos, sus rostros, su ropa. Recordaba todo lo que les habían pedido, desde las botas caras hasta el maquillaje, todo escrito en una lista que llegaba hasta sus casas. Las palabras de ellos diciendo que tomarían el poder por la fuerza, que colaboraran porque sabían que tenían una hija que estaba trabajando en tal y tal, que su otra hija vivía en tal barrio en tal ciudad, que tenían las hermanas con sus hijas tales y tales, que sus tías que vivían aquí y allá, que sus amigos que se la pasaban en tal lugar y en otro. Todo sabían ellos, y todo recordaba ella.

—Mamá, ¿le pasa algo?

—No. ¿Por qué dice?

—Cuando está preocupada se pone a hacer ese ruido con la boca.

—¿Cuál?

—Así, ¡Tk!

—Hmmm, qué va a ser.

—¿Le preocupa algo?

El desayuno ya está hecho y no me acuerdo ni a qué hora lo empecé. (¡Tk!) Hoy voy a ir a visitar a la tía Berta, me voy a llevar a la niña un rato.

—¿Mamá? ¿Es por lo de la política? Ya falta poquito para acabar todo esto. Nos está yendo bien, eso está prácticamente ganado. ¡Cuantísima gente que nos está apoyando!



¡Tk!

—Vea, ya me voy, ¿qué horas serán? Ya debió haber llegado Raúl y yo por acá charlando. Se me pasó toda la tarde. Ya la vengo a visitar otro día, ¿no? Hasta luego.

Qué calmada que ha estado la Laurita hoy, aprovecharla que esté de buenas. Raúl ya ha de estar en la casa, y en nada llega Lily. Afanarle porque estos días nos va a tocar duro.

No ha llegado ninguno a la casa, qué raro. (¡Tk!) Se ha de haber quedado conversando. Voy a poner a hacer café. (¡Tk!) Mejor otra olla más grande. Quedó todo desordenado... ¿qué será eso?

Esa letra, el papel, eran ellos. Otras veces habían mandado a llamar a Raúl. No estuve para acompañarlo. ¿Con quién se habrá ido? Y ya está tarde. ¡La puerta! No, no es Raúl, es el golpe de Lily.

—¡Mija!

—¡Mamá ¿qué pasó?! ¡Está pálida! ¿Dónde está mi papá?


—Tenga...

—¡Ay no! ¿Otra vez? ¿Qué más quieren esos desgraciados? Ya cuánta plata no les dan, ya mucho, no hay de dónde más sacar, ustedes ya se endeudaron mucho para comprar todo lo que pedían, ya no es justo. ¿Con quién se fue mi papá?

—No sé, yo llegué y no lo alcancé a ver.

¡Tk!

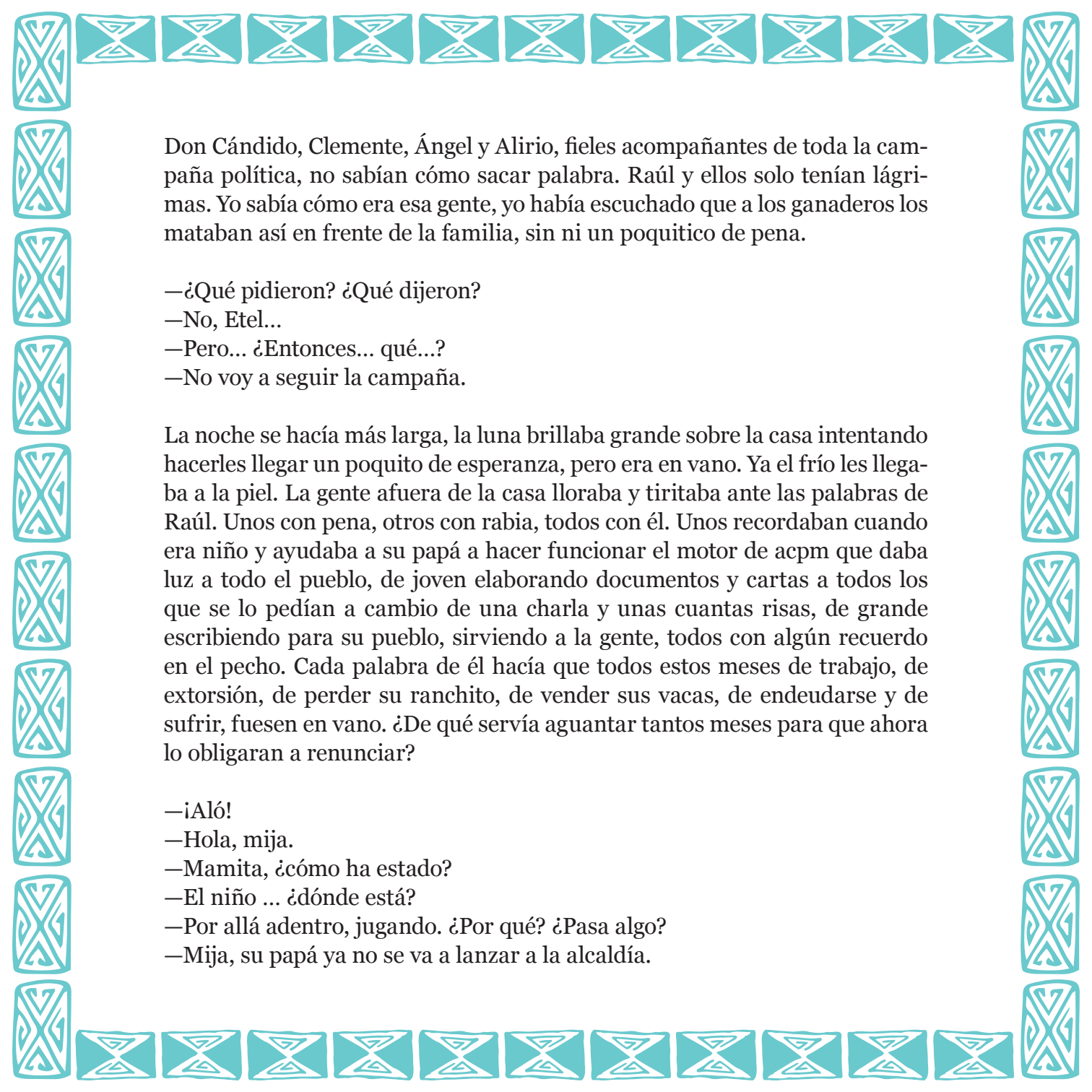
—Nada que llega...

- 
- Nada... no ve que eso es lejos.
–Hace rato no lo mandaban a llamar.
–¿Qué serían, sus dos meses si acaso? La última vez le hicieron dejar hasta la chaqueta.
–¿Cuál?
–Esa verdecita bonita que le había dado Audrey en el día del padre. ¡Tk!
–Ay no, y esa que es nueva. ¿Y por qué? ¿Qué le dijeron?
–Pues uno de ellos ya se la había visto, una vez le dijo que qué bonita, pero en esa vez como íbamos a dejar los bultos no nos tocó subir hasta el campamento, entonces no le dijeron más. Pero la última vez como fuimos fue a hablar con el comandante, allá sí le dijeron déjela. Y tocaba dejarla, porque qué más se hacía.
–No dejan ni una. ¿Qué le irán a pedir ahora a mi papá?

¡Tk!

Rompe el silencio el sonido del teléfono fijo. Lily corre a atenderlo, se escucha su “¿aló?” y seguido nada. Casi podía sentir las lágrimas bajando hasta el teléfono, la mirada angustiada de su hija mirando ese aparato nuevo y reconociendo el número, podía escuchar su corazón acelerarse. Pero colgó, y no dijo ni una palabra, ni aunque preguntara, ni aunque la mirara, su hija no dijo más. Parecía que su respiración se había quedado en pausa y solo se reactivó cuando escuchó la puerta; era el golpeteo de Raúl.

- Pero ¿qué les pasó? ¿Por qué llegan llorando? Raúl, ¿qué pasa? ¡Pero digan algo! ¿Cuánto pidieron? ¡Raúl, diga algo!
–No, Etelevinita, que al compadre ya no lo van a dejar ser alcalde.
–¿Qué? ¿Por qué?
–Pero diga algo, ¿qué pasó?



Don Cándido, Clemente, Ángel y Alirio, fieles acompañantes de toda la campaña política, no sabían cómo sacar palabra. Raúl y ellos solo tenían lágrimas. Yo sabía cómo era esa gente, yo había escuchado que a los ganaderos los mataban así en frente de la familia, sin ni un poquitico de pena.

—¿Qué pidieron? ¿Qué dijeron?

—No, Etel...

—Pero... ¿Entonces... qué...?

—No voy a seguir la campaña.

La noche se hacía más larga, la luna brillaba grande sobre la casa intentando hacerles llegar un poquito de esperanza, pero era en vano. Ya el frío les llegaba a la piel. La gente afuera de la casa lloraba y tiritaba ante las palabras de Raúl. Unos con pena, otros con rabia, todos con él. Unos recordaban cuando era niño y ayudaba a su papá a hacer funcionar el motor de acpm que daba luz a todo el pueblo, de joven elaborando documentos y cartas a todos los que se lo pedían a cambio de una charla y unas cuantas risas, de grande escribiendo para su pueblo, sirviendo a la gente, todos con algún recuerdo en el pecho. Cada palabra de él hacía que todos estos meses de trabajo, de extorsión, de perder su ranchito, de vender sus vacas, de endeudarse y de sufrir, fuesen en vano. ¿De qué servía aguantar tantos meses para que ahora lo obligaran a renunciar?

—¡Aló!

—Hola, hija.

—Mamita, ¿cómo ha estado?

—El niño ... ¿dónde está?

—Por allá adentro, jugando. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Mija, su papá ya no se va a lanzar a la alcaldía.



—¿Qué? ¿Pero por qué? ¿Qué pasó?

—No, hija, otra vez esos de la guerrilla. Que lo han llamado ayer tarde, yo no estuve, y él se fue con Don Ángel, Don Cándido, Alirio y el profe Clemente, otra vez para allá arriba de Balsayaco.

—Ay no, mamá. ¿Cuánto les pidieron? ¿Cuánto necesita?


—No, hija, ojalá fuera solo eso. Vea, ellos tenían todos los datos de usted, del niño, del jardín, todo, de mis hermanas, de Lily, no... de quién no más, nos dijeron. Saben todo. Como ya lo vian que iba a ganar le dijeron que les dé lo que le giren a la alcaldía, no todo pero sí le pidieron bastante, o que si no unos contratos grandes para unos de ellos y pues hacer lo que ellos le pidan. Usted sabe cómo es su papá, ahí sí se les enojó, qué cómo van a creer, y que tantos meses dándoles para que nos dejen tranquilos, que tanta cosa ¿no? y bueno, se habían puesto bravos, ya Don Ángel lo había calmado, pero que ellos le daban unos días para decidir, él no quiso y de una vez les fue diciendo que no, ya se iban a ir pero que los agarraron fuerte y ahí les dijeron... que si entonces no colaboraba, ellos ya sabían dónde vivía su hija, su nieto, su hermana, sus sobrinas, cuñadas, todo. Que le han sacado un papel con las direcciones y nombres de toditos.

—¡Mi Mauri! No, mamá qué susto.

—No vayan a salir estos días, por Dios, quedarase con el niño en la casa. Pero hija, es que eso parece que ha sido ... y don ... que les han pagado a ellos para que hagan esto, ya vieron que estaba perdida la alcaldía y les han dado cabezas de ganado y la promesa de plata de la alcaldía, que se han reunido por allá arriba de Vichoy.

—¿Cómo saben que son ellos?

—Ese teléfono que trajo Pedro tiene ahí una cosita como para ver el número del que llama, desde ayer nos han estado llamando a insultar y a decir que renuncie o que ya saben. Y ahí se ve el número, ya se busca en la guía y claro... son los números de doña ..., la mamá de ..., y de allá de don ..., ellos mis-



mos que han sido los que mandaron a la guerrilla a decirle todo eso a Raúl. De pronto esperanzados que Raúl les diera más lo mandaron a llamar para negociar, pero viendo que él no les iba a dar ya lo amenazaron, estamos con una pena tan grande, hija. Mañana vamos a ir al directorio para que haga la renuncia, Raúl ya le dijo a la gente que iba a hacer eso y que los esperaba mañana a las cinco allá, pero eso ha venido todo mundo, unos bravos a decirle cosas, que cobarde, que sea macho, otros a llorar y a agradecerle por tanta cosa, pero ya no damos. Yo ya no doy con tanta pena, hija.

Se cumplía la hora y la casa solo escuchaba pasos de un lado a otro, no habían voces pues todas estaban dolidas. Raúl terminaba el discurso en la máquina de escribir, y ellas se arreglaban para salir a acompañarlo. No previeron la gratitud de su pueblo que llegaba hasta la puerta de la casa. Banderas rojas, banderas blancas y hasta banderas azules esperaron a Raúl, Etelvina, Lily y su hija, caminaron tras ellos, llorando, gritando. Pasaron por la iglesia, y llegaron al directorio del partido Liberal. Para Etelvina cada palabra le recordaba todos los años que pasaron en cada una de las campañas. A lo lejos vio a ..., lo recordaba de niño con sus ojos brillantes, jugando por toda la casita de madera de su mamá, sentado al lado de la tulpa y diciéndole: Tome café, tía. Ahora ya era un hombre, un hombre al que no le pesaba el recuerdo para insultar a su tía, que no le dolía amenazar a sus primas. Ya era un hombre de ellos. Etelvina sabía que su esposo tenía un corazón grande y que era cuestión de semanas para que llevara a doña P.. a Sibundoy, que le hiciera chistes y dejara de lado las amenazas que había recibido por ellos. Pero también sabía que algo en ese corazón se había roto y que esta sería la última vez. Ella deseaba en el fondo de sí poder hacer lo que Raúl y verlos a la cara sonriendo, pero no podía, no podría. Vio una vez más a la gente y lloró en silencio. Raúl, pero cómo fue a pasarnos esto. Hace años que se lanzó la primera vez y



tanto problema que tuvimos, que votos marcados, que gente con votos comprados. Tanto, tanto... ya estoy cansada.

—Raúl, ¿está bien?

—No, Etel, ya no. Solo aquí puedo hablar con toda la franqueza, pero algo dentro de mí no quiere hablar más. Hablo de paz, hablo de perdón, pero tengo tanto dolor en el corazón. Hoy siento que mi pueblo querido no tiene remedio. Yo no sé en qué momento nos volvimos esto, no sé cuándo la gente dejó de ser mi gente y ahora es gente de ellos, gente con armas, gente con pura ambición, no sé. No entiendo qué pasó. Si los vimos crecer, los vimos enamorarse, vimos toda su vida aquí. ¿En qué momento sucedió todo esto, miija?, ¿cuándo?, que yo no me di cuenta. Yo que pensaba que teníamos un paraíso aislado del miedo y del peligro, ahora solo vamos en camino a ser peones de todos ellos. Los que se creen dueños por comprar esa fuerza, mañana han de estar igual a nosotros, con las mismas papeletas que nos llegaron, y con el mismo miedo. Véalos, desde aquí de la ventana se los ve bajando.

—¿Dónde?

—Párese aquí, véalos como bajan de la montaña.

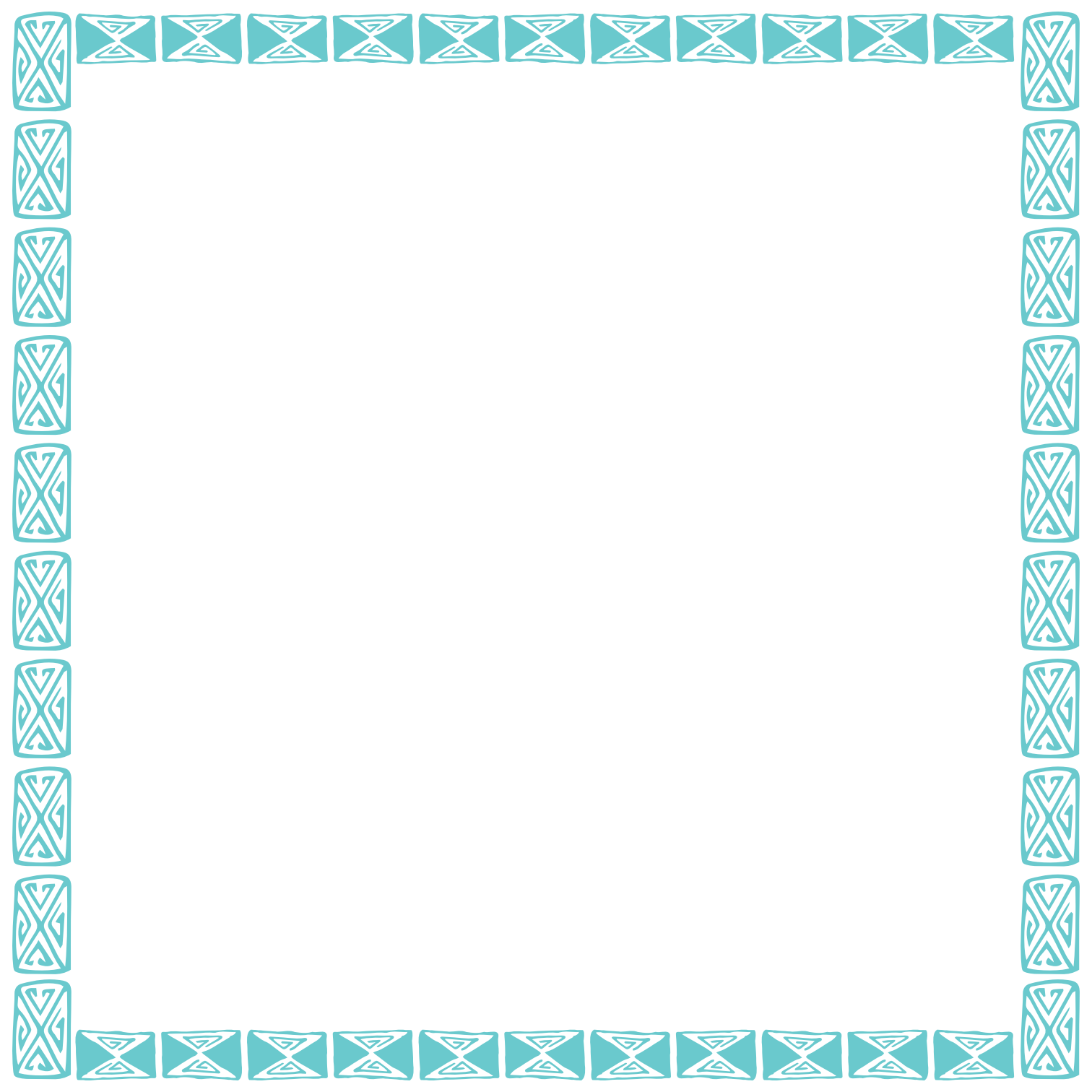
¡Tk!

—No se preocupe, miija, nada nos va a pasar.

—¿Qué más nos va a pasar, si ya nos pasó de todo?

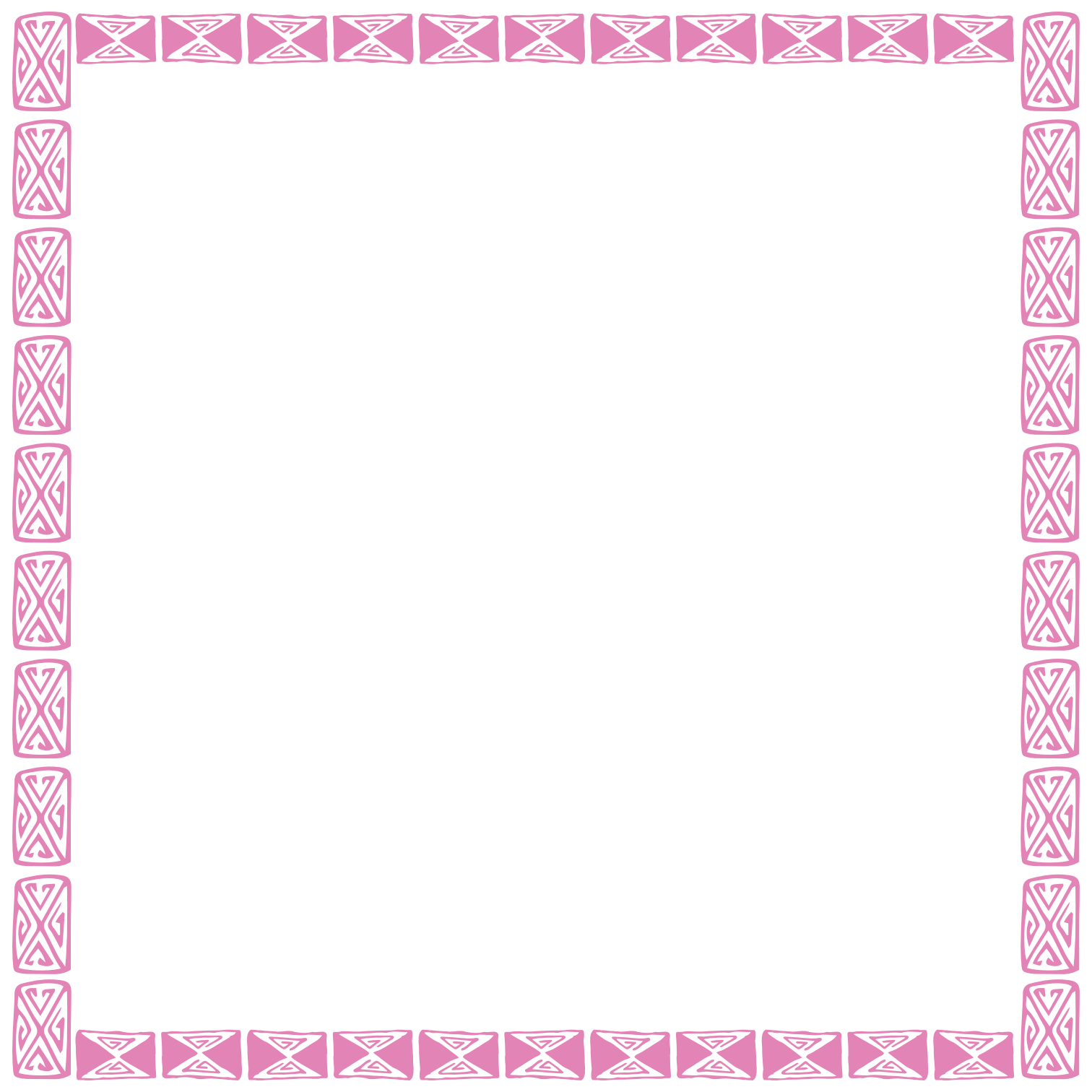
—No llore, que me duele verla así.

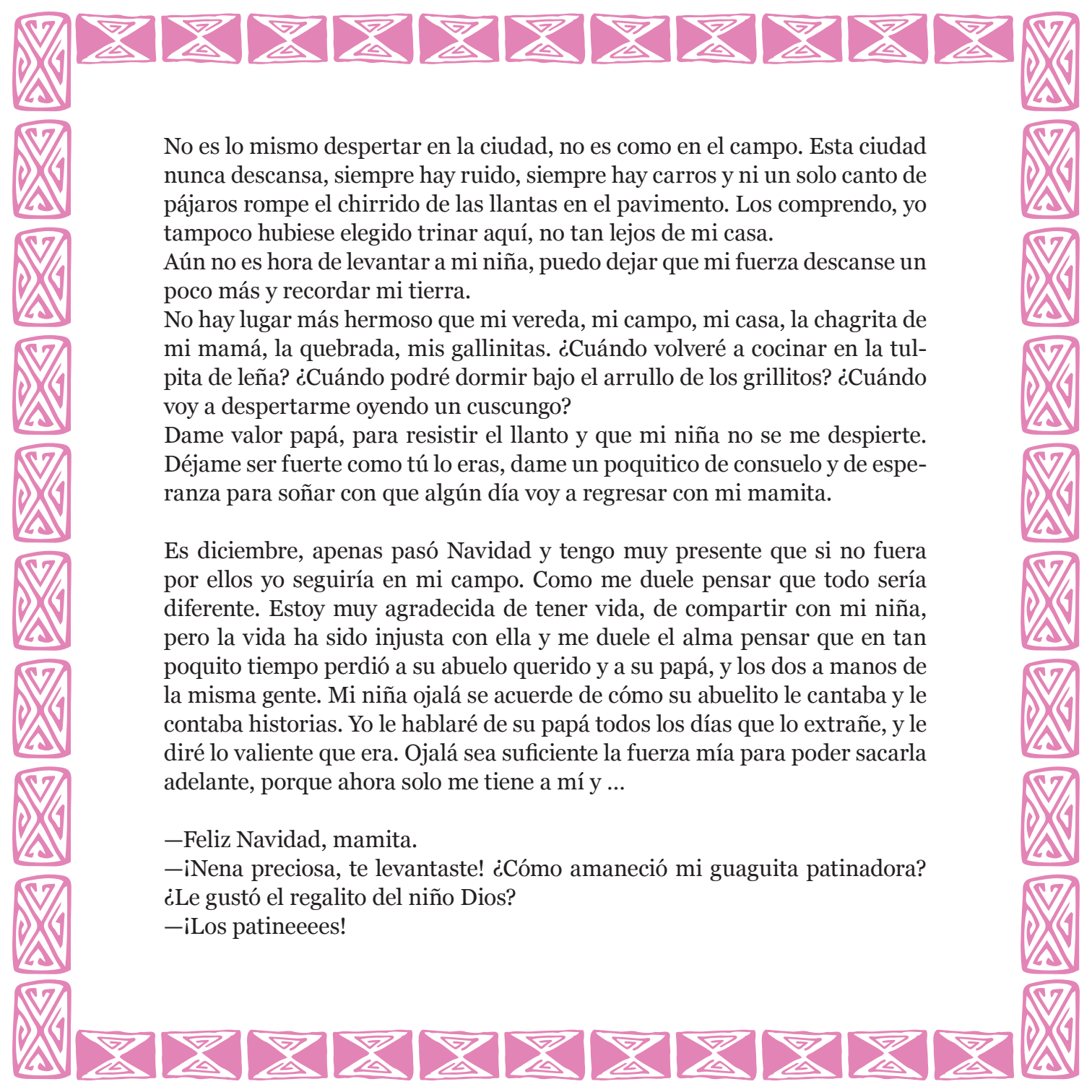
—Yo lloro, porque usted no llora. Y yo voy a recordar, porque yo sé que los va a perdonar.



*Sembrados
en el Cascajo*







No es lo mismo despertar en la ciudad, no es como en el campo. Esta ciudad nunca descansa, siempre hay ruido, siempre hay carros y ni un solo canto de pájaros rompe el chirrido de las llantas en el pavimento. Los comprendo, yo tampoco hubiese elegido trinar aquí, no tan lejos de mi casa.

Aún no es hora de levantar a mi niña, puedo dejar que mi fuerza descanse un poco más y recordar mi tierra.

No hay lugar más hermoso que mi vereda, mi campo, mi casa, la chagrita de mi mamá, la quebrada, mis gallinitas. ¿Cuándo volveré a cocinar en la tulpita de leña? ¿Cuándo podré dormir bajo el arrullo de los grillitos? ¿Cuándo voy a despertarme oyendo un cuscungo?

Dame valor papá, para resistir el llanto y que mi niña no se me despierte. Déjame ser fuerte como tú lo eras, dame un poquitico de consuelo y de esperanza para soñar con que algún día voy a regresar con mi mamita.

Es diciembre, apenas pasó Navidad y tengo muy presente que si no fuera por ellos yo seguiría en mi campo. Como me duele pensar que todo sería diferente. Estoy muy agradecida de tener vida, de compartir con mi niña, pero la vida ha sido injusta con ella y me duele el alma pensar que en tan poquito tiempo perdió a su abuelo querido y a su papá, y los dos a manos de la misma gente. Mi niña ojalá se acuerde de cómo su abuelito le cantaba y le contaba historias. Yo le hablaré de su papá todos los días que lo extrañe, y le diré lo valiente que era. Ojalá sea suficiente la fuerza mía para poder sacarla adelante, porque ahora solo me tiene a mí y ...

—Feliz Navidad, mamita.

—¡Nena preciosa, te levantaste! ¿Cómo amaneció mi guaguita patinadora? ¿Le gustó el regalito del niño Dios?

—¡Los patineees!



—'Perese nena, vamos a poner un villancico.

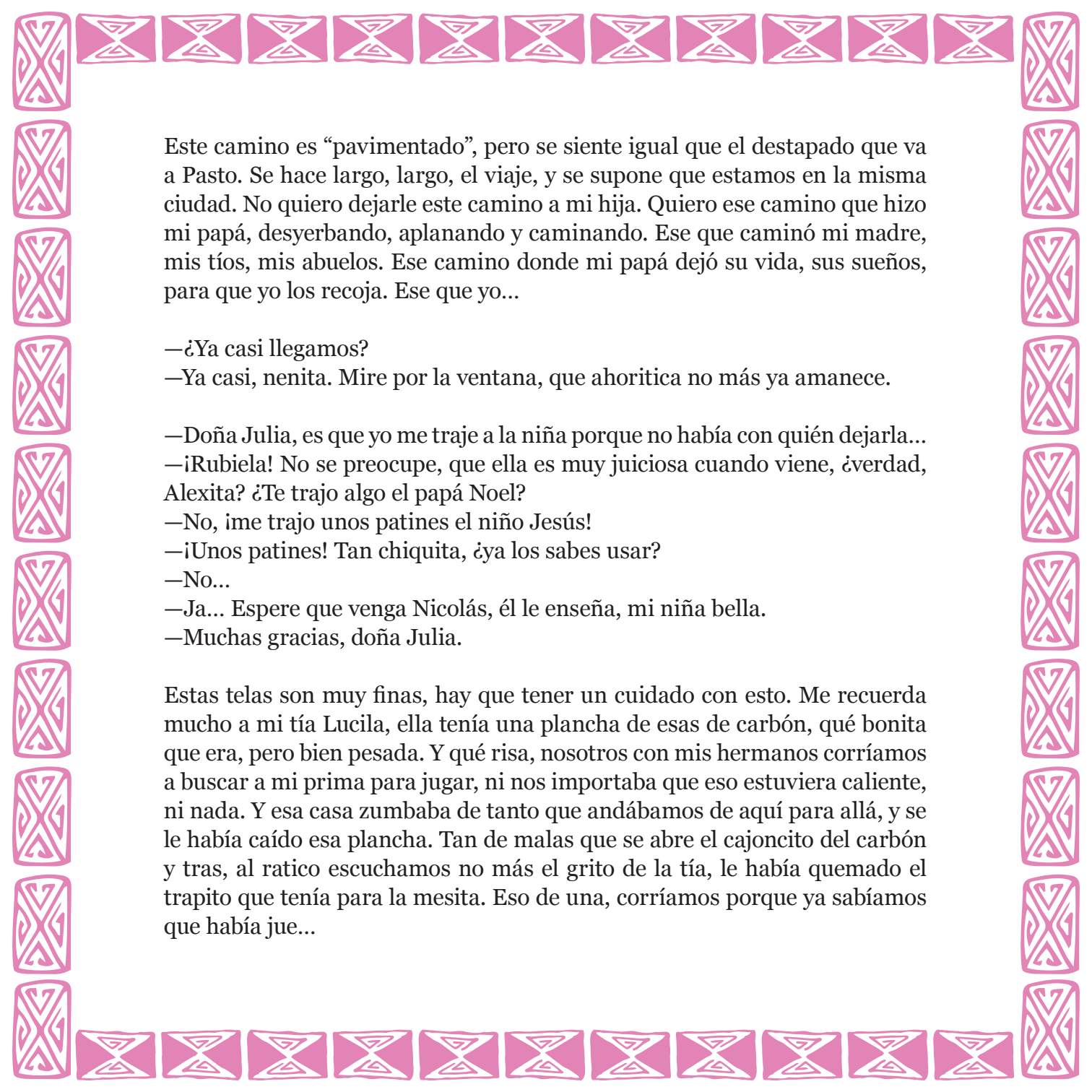
Esta agüita fría, aunque es fría no se siente como la de mi quebrada. Era helada, pero limpia. Este limpio no se siente puro, se siente a cloro. No es como en mi vereda.

Cuando me convertí en madre soñé muchas cosas para mi niña, esperaba que aprendiera los oficios del campo como los aprendí yo. Todavía es muy pequeña y dudo que se vaya a acordar de todo. Solo espero que no olvide a mi papá.

En estas fechas es cuando más lo recuerdo, pero la vida no me da un segundo para ponerme a llorar, incluso desde que lo mataron, fui yo la que tuvo que llevarlo a la necropsia. Mi trabajo no paraba y la vida no tuvo ni un poquito de compasión para detenerse y hacerme entender que mi papá no vivía más. Tanto tiempo trabajando en la inspección de policía había llevado mucha gente a la necropsia. Tuve que hacer los señalamientos, las descripciones, pero justamente cuando matan a mi papá tengo que ser yo quien lo haga. Quizá si no hubiese sido así yo no habría entendido que la vida se había ido de aquel hombre tan fuerte. Entre más lo miraba, algo muy adentro de mí me reclamaba que por qué tenía que estar en esa situación. Medir la bala, medir la herida. ¿Cómo mide uno una vida? Sus manos que no paraban de trabajar estaban frías y duras, si él daba la vida por su trabajo, por su siembra, por su vereda. Si hasta las manos se había rajado, si hasta el hombro se había zafado. Tantas luchas por las carreteras, la electrificación y el acueducto, ¿por qué la vida lo quiso llevar en una de las mingas? No... La vida no lo quería llevar, se lo llevaron esos desgraciados...

—Mami, ¿ya casi sales?

—Ya voy, mi nena, termino rapidito y te baño a ti.



Este camino es “pavimentado”, pero se siente igual que el destapado que va a Pasto. Se hace largo, largo, el viaje, y se supone que estamos en la misma ciudad. No quiero dejarle este camino a mi hija. Quiero ese camino que hizo mi papá, desyerbando, aplanando y caminando. Ese que caminó mi madre, mis tíos, mis abuelos. Ese camino donde mi papá dejó su vida, sus sueños, para que yo los recoja. Ese que yo...

—¿Ya casi llegamos?

—Ya casi, nenita. Mire por la ventana, que ahoritica no más ya amanece.

—Doña Julia, es que yo me traje a la niña porque no había con quién dejarla...

—¡Rubiela! No se preocupe, que ella es muy juiciosa cuando viene, ¿verdad, Alexita? ¿Te trajo algo el papá Noel?

—No, ime trajo unos patines el niño Jesús!

—¡Unos patines! Tan chiquita, ¿ya los sabes usar?

—No...

—Ja... Espere que venga Nicolás, él le enseña, mi niña bella.

—Muchas gracias, doña Julia.

Estas telas son muy finas, hay que tener un cuidado con esto. Me recuerda mucho a mi tía Lucila, ella tenía una plancha de esas de carbón, qué bonita que era, pero bien pesada. Y qué risa, nosotros con mis hermanos corríamos a buscar a mi prima para jugar, ni nos importaba que eso estuviera caliente, ni nada. Y esa casa zumbaba de tanto que andábamos de aquí para allá, y se le había caído esa plancha. Tan de malas que se abre el cajoncito del carbón y tras, al ratico escuchamos no más el grito de la tía, le había quemado el trapito que tenía para la mesita. Eso de una, corríamos porque ya sabíamos que había jue...

—Ruby, ¿puede ir al Hotel F..., para entregarles esta tanda?, hay que advertir-les que los precios van a subir a partir de enero...

—Claro que sí, señorita, ya mismo me voy volando. Dejo esto aquí, ¿no?

—Sí, déjelo, yo continúo.

—Tan bonito que le quedó ese corte.

—¿De verdad? Gracias, yo le tenía poca fe a la peluquera, pero sí me gustó.

Negociar no me es difícil. Quizá porque hoy estoy pensando mucho en mi papá, pero lo miré por años, algo debía de aprender, y así fue. Él negociaba con ganado, madera y todo lo que cosechaba lo vendía bien. Qué alegría me daba cuando eran las primeras cosechas y nos íbamos toditos desde temprano. Yo ahí aprendí a valorar el trabajo. No solo de los jornaleros, también de las cocineras y habían unitas bien fuertes, ellas se cargaban los bultos solitas, qué fuerza que tenían. Mi papá les pagaba lo que era, les ayudaba cuando necesitaban más. Quizá por eso lo elegían para presidente de la acción comunal. Ay, mi papito. Y buen representante del partido conservador, no le faltaba la palabra en la política, la gente lo respetaba mucho, es que yo pienso que él ten...

—¡AHHH!

—¿Qué pasó, doña Julia?

—Ay, Rubiela, qué bueno que llegas. Por favor, ve a la ferretería a preguntar si hay alguien que nos pueda ayudar, se dañó la canilla.

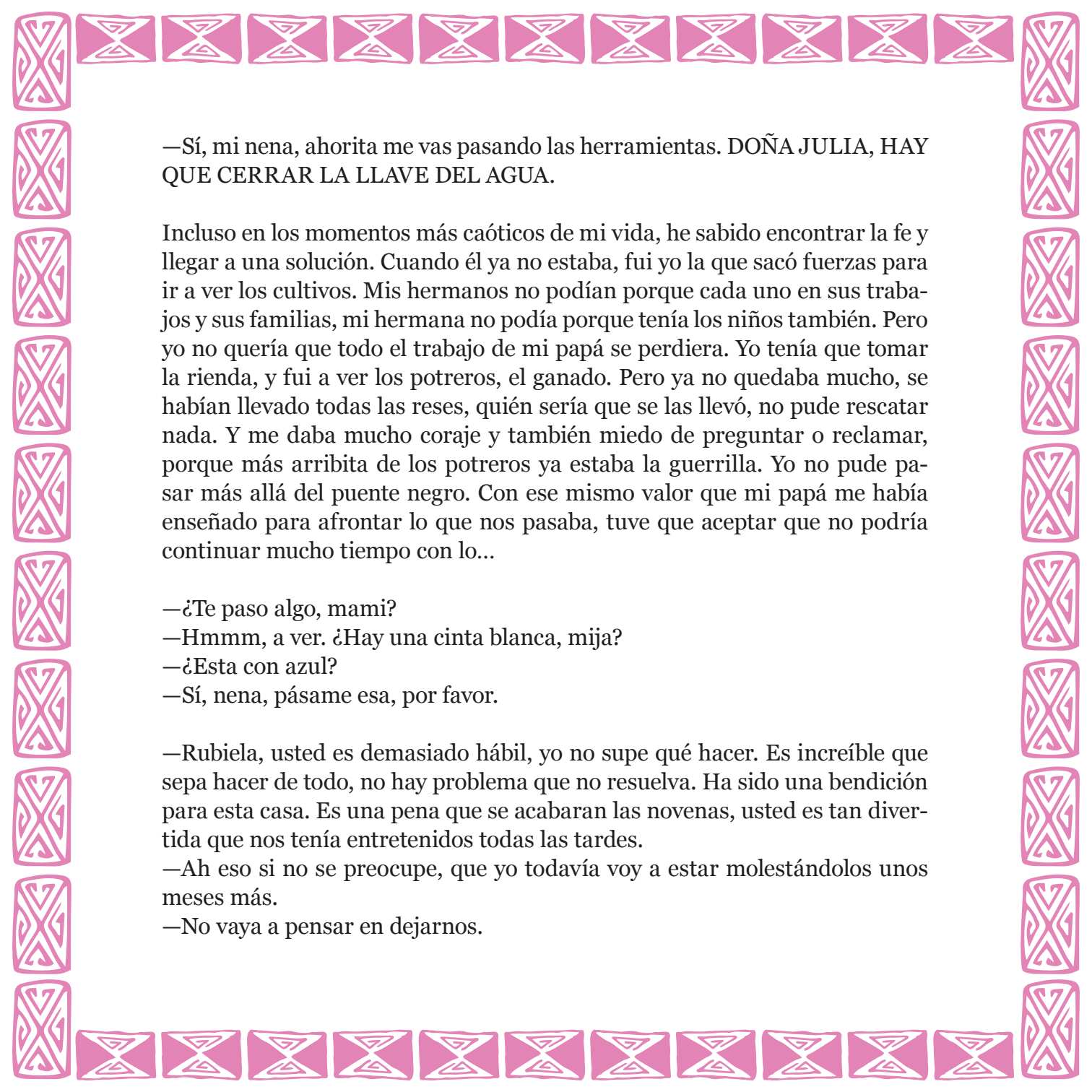
—A ver, déjeme revisar, de pronto no sea tan grave. Hmmm, no más está flojo. ¿Tiene caja de herramientas?

—¡Sí! Voy por ellas

—¿Qué pasó, mami?

—Hola, mi chiquitica. Nada, nena, que se aflojó el grifo.

—¿Te ayudo, mami?



—Sí, mi nena, ahorita me vas pasando las herramientas. DOÑA JULIA, HAY QUE CERRAR LA LLAVE DEL AGUA.

Incluso en los momentos más caóticos de mi vida, he sabido encontrar la fe y llegar a una solución. Cuando él ya no estaba, fui yo la que sacó fuerzas para ir a ver los cultivos. Mis hermanos no podían porque cada uno en sus trabajos y sus familias, mi hermana no podía porque tenía los niños también. Pero yo no quería que todo el trabajo de mi papá se perdiera. Yo tenía que tomar la rienda, y fui a ver los potreros, el ganado. Pero ya no quedaba mucho, se habían llevado todas las reses, quién sería que se las llevó, no pude rescatar nada. Y me daba mucho coraje y también miedo de preguntar o reclamar, porque más arribita de los potreros ya estaba la guerrilla. Yo no pude pasar más allá del puente negro. Con ese mismo valor que mi papá me había enseñado para afrontar lo que nos pasaba, tuve que aceptar que no podría continuar mucho tiempo con lo...

—¿Te paso algo, mami?

—Hmmm, a ver. ¿Hay una cinta blanca, mija?

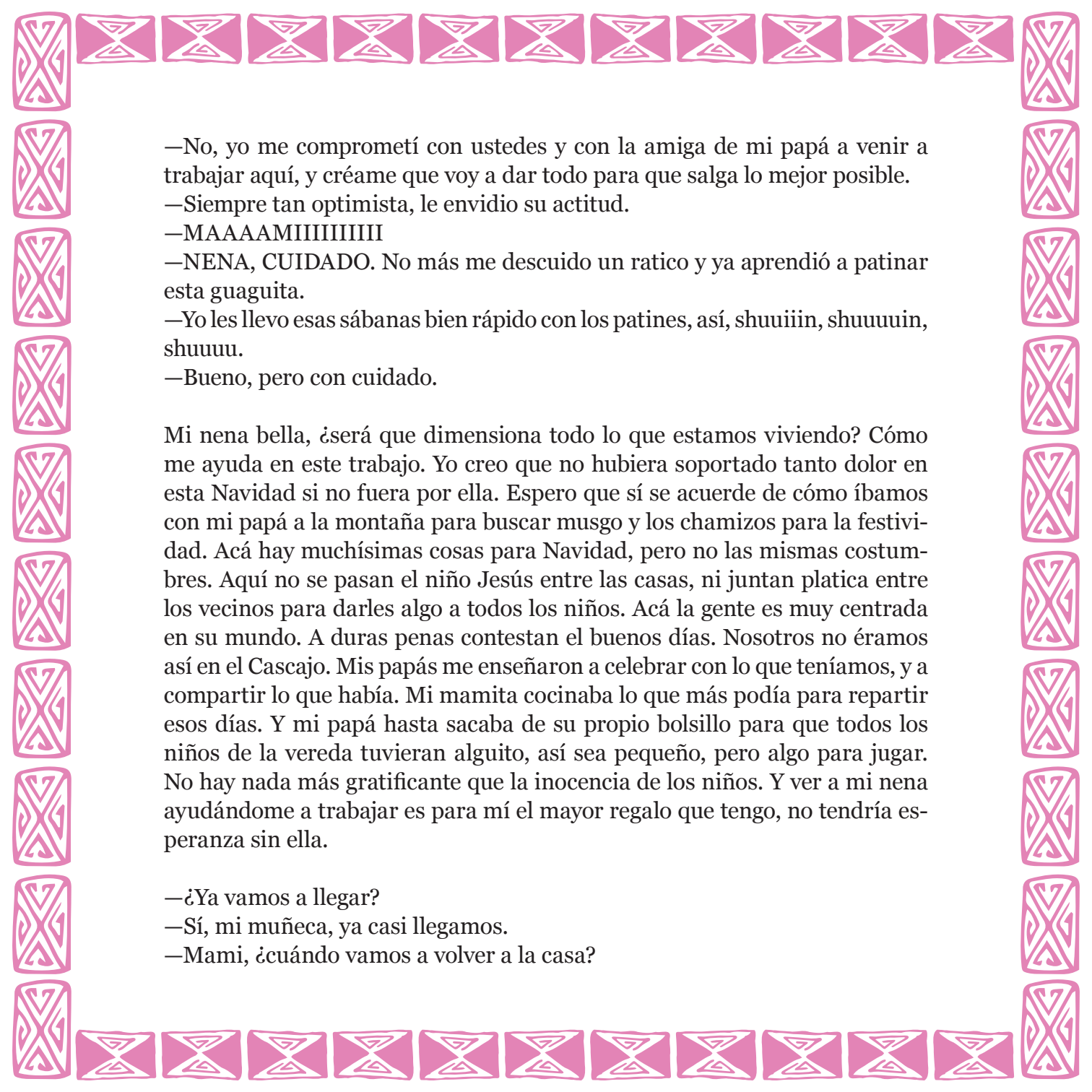
—¿Esta con azul?

—Sí, nena, pásame esa, por favor.

—Rubiela, usted es demasiado hábil, yo no supe qué hacer. Es increíble que sepa hacer de todo, no hay problema que no resuelva. Ha sido una bendición para esta casa. Es una pena que se acabaran las novenas, usted es tan divertida que nos tenía entretenidos todas las tardes.

—Ah eso sí no se preocupe, que yo todavía voy a estar molestándolos unos meses más.

—No vaya a pensar en dejarnos.



—No, yo me comprometí con ustedes y con la amiga de mi papá a venir a trabajar aquí, y créame que voy a dar todo para que salga lo mejor posible.

—Siempre tan optimista, le envidio su actitud.

—MAAAAMIIIIIIIIII

—NENA, CUIDADO. No más me descuido un ratico y ya aprendió a patinar esta guaguita.

—Yo les llevo esas sábanas bien rápido con los patines, así, shuuuuiin, shuuuuuin, shuuuuu.

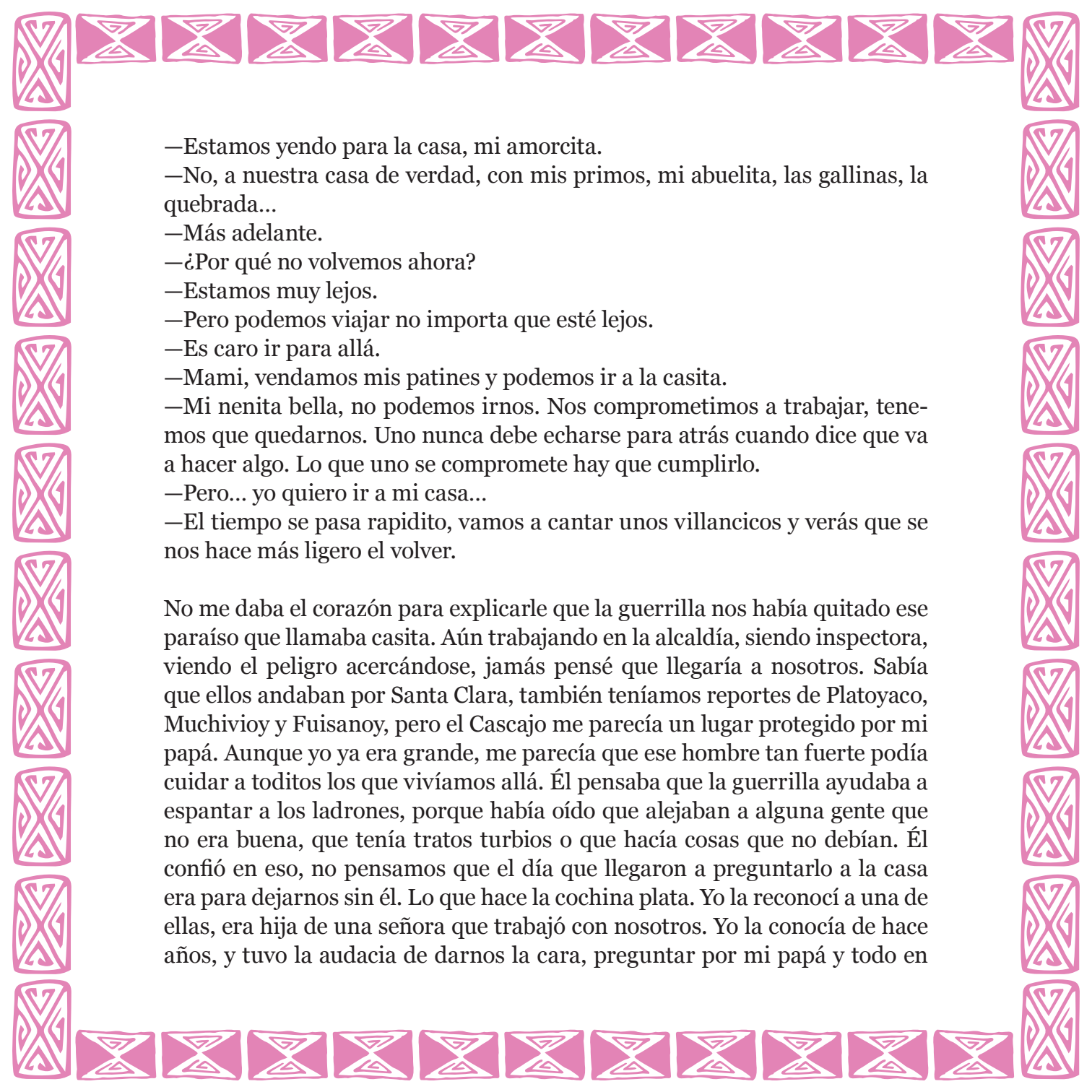
—Bueno, pero con cuidado.

Mi nena bella, ¿será que dimensiona todo lo que estamos viviendo? Cómo me ayuda en este trabajo. Yo creo que no hubiera soportado tanto dolor en esta Navidad si no fuera por ella. Espero que sí se acuerde de cómo íbamos con mi papá a la montaña para buscar musgo y los chamizos para la festividad. Acá hay muchísimas cosas para Navidad, pero no las mismas costumbres. Aquí no se pasan el niño Jesús entre las casas, ni juntan platica entre los vecinos para darles algo a todos los niños. Acá la gente es muy centrada en su mundo. A duras penas contestan los buenos días. Nosotros no éramos así en el Cascajo. Mis papás me enseñaron a celebrar con lo que teníamos, y a compartir lo que había. Mi mamita cocinaba lo que más podía para repartir esos días. Y mi papá hasta sacaba de su propio bolsillo para que todos los niños de la vereda tuvieran algo, así sea pequeño, pero algo para jugar. No hay nada más gratificante que la inocencia de los niños. Y ver a mi nena ayudándome a trabajar es para mí el mayor regalo que tengo, no tendría esperanza sin ella.

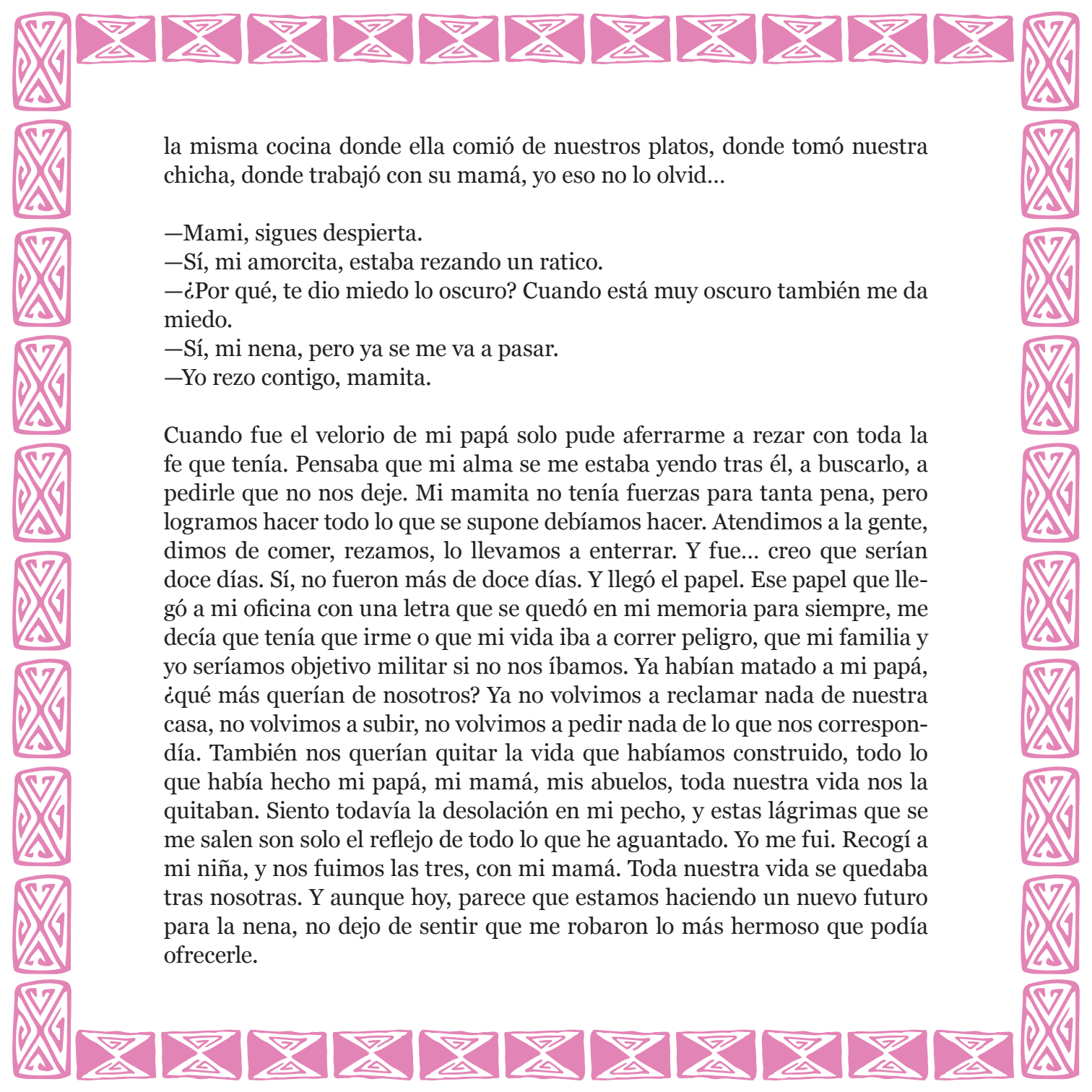
—¿Ya vamos a llegar?

—Sí, mi muñeca, ya casi llegamos.

—Mami, ¿cuándo vamos a volver a la casa?

- 
- Estamos yendo para la casa, mi amorcita.
—No, a nuestra casa de verdad, con mis primos, mi abuelita, las gallinas, la quebrada...
—Más adelante.
—¿Por qué no volvemos ahora?
—Estamos muy lejos.
—Pero podemos viajar no importa que esté lejos.
—Es caro ir para allá.
—Mami, vendamos mis patines y podemos ir a la casita.
—Mi nenita bella, no podemos irnos. Nos comprometimos a trabajar, tenemos que quedarnos. Uno nunca debe echarse para atrás cuando dice que va a hacer algo. Lo que uno se compromete hay que cumplirlo.
—Pero... yo quiero ir a mi casa...
—El tiempo se pasa rapidito, vamos a cantar unos villancicos y verás que se nos hace más ligero el volver.

No me daba el corazón para explicarle que la guerrilla nos había quitado ese paraíso que llamaba casita. Aún trabajando en la alcaldía, siendo inspectora, viendo el peligro acercándose, jamás pensé que llegaría a nosotros. Sabía que ellos andaban por Santa Clara, también teníamos reportes de Platoyaco, Muchivioy y Fuisanoy, pero el Cascajo me parecía un lugar protegido por mi papá. Aunque yo ya era grande, me parecía que ese hombre tan fuerte podía cuidar a toditos los que vivíamos allá. Él pensaba que la guerrilla ayudaba a espantar a los ladrones, porque había oído que alejaban a alguna gente que no era buena, que tenía tratos turbios o que hacía cosas que no debían. Él confió en eso, no pensamos que el día que llegaron a preguntarlo a la casa era para dejarnos sin él. Lo que hace la cochina plata. Yo la reconocí a una de ellas, era hija de una señora que trabajó con nosotros. Yo la conocía de hace años, y tuvo la audacia de darnos la cara, preguntar por mi papá y todo en



la misma cocina donde ella comió de nuestros platos, donde tomó nuestra chicha, donde trabajó con su mamá, yo eso no lo olvid...

—Mami, sigues despierta.


—Sí, mi amorcita, estaba rezando un ratico.

—¿Por qué, te dio miedo lo oscuro? Cuando está muy oscuro también me da miedo.

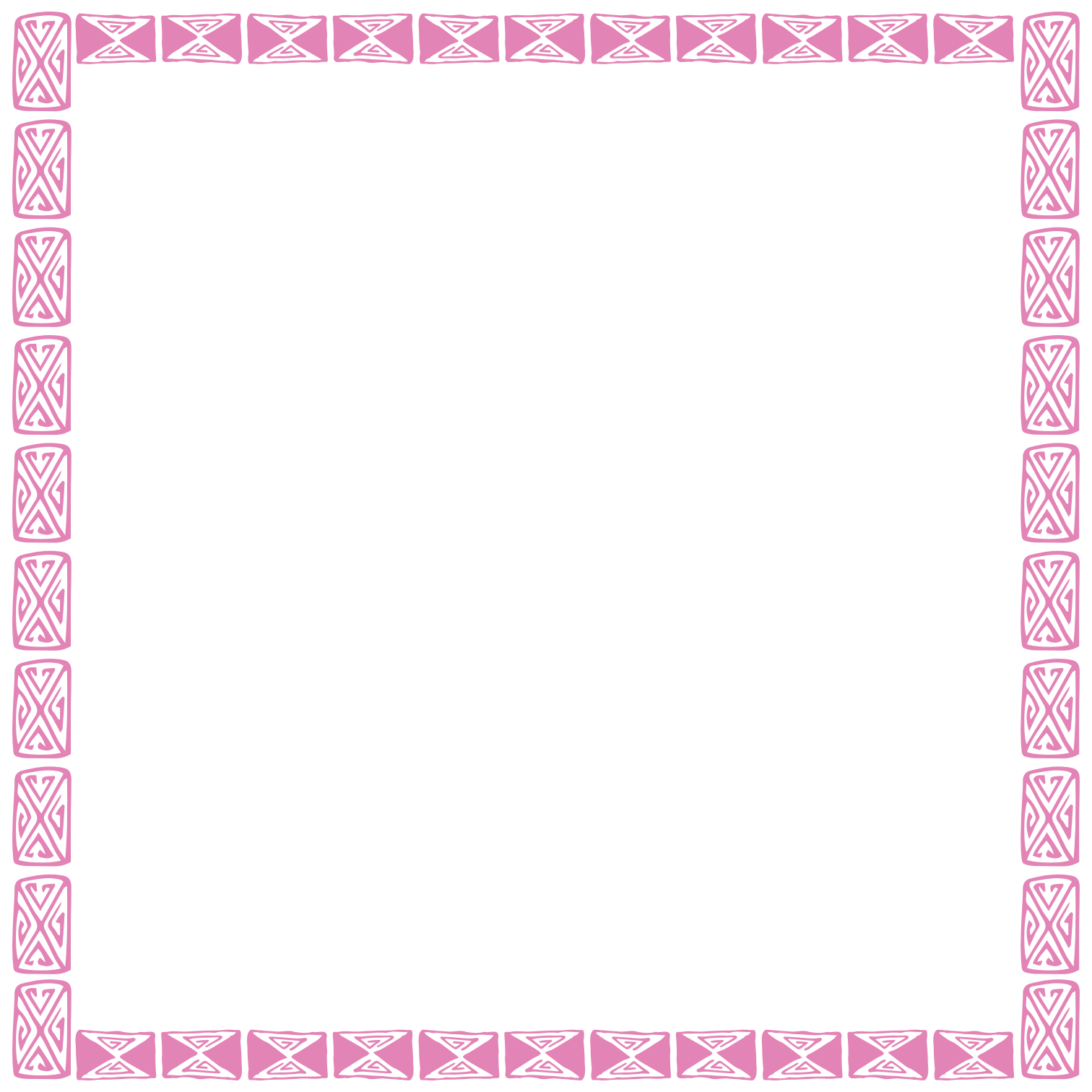
—Sí, mi nena, pero ya se me va a pasar.

—Yo rezo contigo, mamita.

Cuando fue el velorio de mi papá solo pude aferrarme a rezar con toda la fe que tenía. Pensaba que mi alma se me estaba yendo tras él, a buscarlo, a pedirle que no nos deje. Mi mamita no tenía fuerzas para tanta pena, pero logramos hacer todo lo que se supone debíamos hacer. Atendimos a la gente, dimos de comer, rezamos, lo llevamos a enterrar. Y fue... creo que serían doce días. Sí, no fueron más de doce días. Y llegó el papel. Ese papel que llegó a mi oficina con una letra que se quedó en mi memoria para siempre, me decía que tenía que irme o que mi vida iba a correr peligro, que mi familia y yo seríamos objetivo militar si no nos íbamos. Ya habían matado a mi papá, ¿qué más querían de nosotros? Ya no volvimos a reclamar nada de nuestra casa, no volvimos a subir, no volvimos a pedir nada de lo que nos correspondía. También nos querían quitar la vida que habíamos construido, todo lo que había hecho mi papá, mi mamá, mis abuelos, toda nuestra vida nos la quitaban. Siento todavía la desolación en mi pecho, y estas lágrimas que se me salen son solo el reflejo de todo lo que he aguantado. Yo me fui. Recogí a mi niña, y nos fuimos las tres, con mi mamá. Toda nuestra vida se quedaba tras nosotras. Y aunque hoy, parece que estamos haciendo un nuevo futuro para la nena, no dejo de sentir que me robaron lo más hermoso que podía ofrecerle.

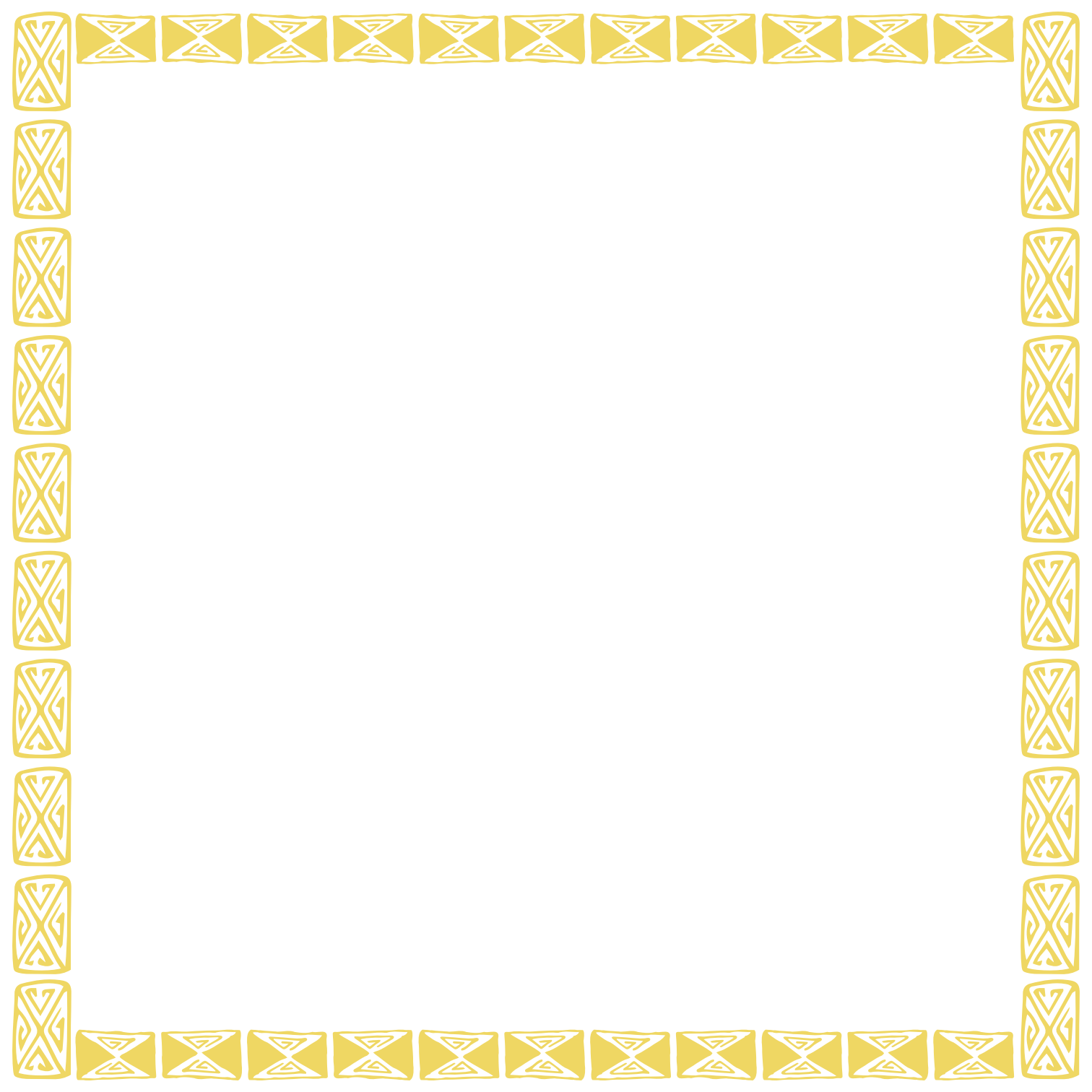


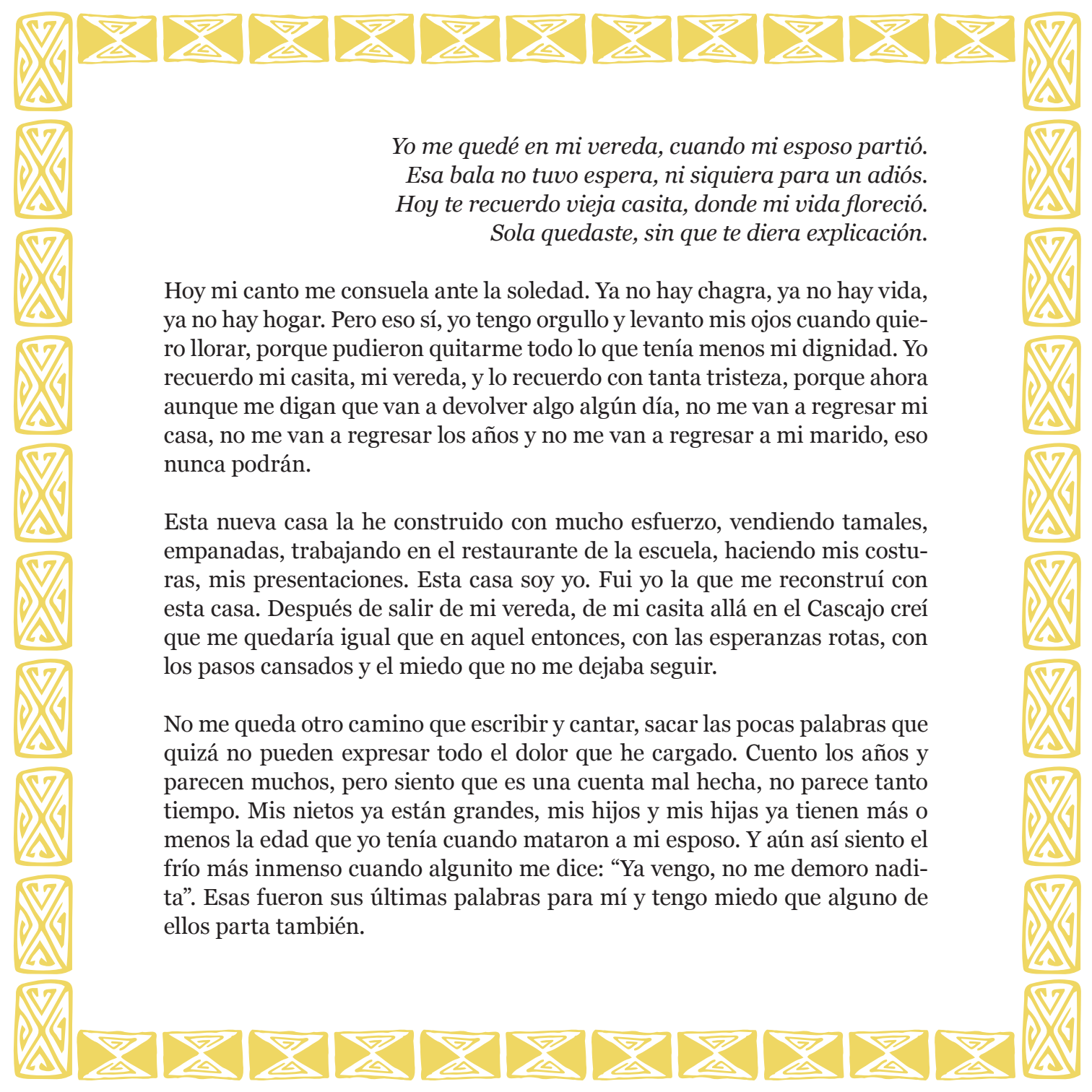
Las ciudades pueden ser muy grandes, muy bonitas, pueden tener todo lo nuevo que quieran, pero aquí no hay una esperanza para mí. Mis esperanzas y sueños se quedaron sembrados en el Cascajo, ahí a un ladito de la chagra de mi madre dejé la vida que tuve en el campo, mis años de infancia junto a mis hermanos, mi juventud, y dejé los recuerdos de mi niña con mi papá. Yo no quiero estar aquí, yo tuve que estar aquí para darle un día más a mi niña, pero aunque mis pies vayan recorriendo esta gran ciudad, mi corazón sigue allá, en el Cascajo, esperando a que vuelva.





No me demoro nada!






*Yo me quedé en mi vereda, cuando mi esposo partió.
Esa bala no tuvo espera, ni siquiera para un adiós.
Hoy te recuerdo vieja casita, donde mi vida floreció.
Sola quedaste, sin que te diera explicación.*

Hoy mi canto me consuela ante la soledad. Ya no hay chagra, ya no hay vida, ya no hay hogar. Pero eso sí, yo tengo orgullo y levanto mis ojos cuando quiero llorar, porque pudieron quitarme todo lo que tenía menos mi dignidad. Yo recuerdo mi casita, mi vereda, y lo recuerdo con tanta tristeza, porque ahora aunque me digan que van a devolver algo algún día, no me van a regresar mi casa, no me van a regresar los años y no me van a regresar a mi marido, eso nunca podrán.

Esta nueva casa la he construido con mucho esfuerzo, vendiendo tamales, empanadas, trabajando en el restaurante de la escuela, haciendo mis costuras, mis presentaciones. Esta casa soy yo. Fui yo la que me reconstruí con esta casa. Después de salir de mi vereda, de mi casita allá en el Cascajo creí que me quedaría igual que en aquel entonces, con las esperanzas rotas, con los pasos cansados y el miedo que no me dejaba seguir.

No me queda otro camino que escribir y cantar, sacar las pocas palabras que quizá no pueden expresar todo el dolor que he cargado. Cuento los años y parecen muchos, pero siento que es una cuenta mal hecha, no parece tanto tiempo. Mis nietos ya están grandes, mis hijos y mis hijas ya tienen más o menos la edad que yo tenía cuando mataron a mi esposo. Y aún así siento el frío más inmenso cuando algunito me dice: “Ya vengo, no me demoro nada”. Esas fueron sus últimas palabras para mí y tengo miedo que alguno de ellos parta también.



Yo vivía muy bien, a veces escasez a veces abundancia. Tenía un ovejito, gallinas, caballos y cerdos... bueno, esos solamente cuando íbamos a engordarlos. Y la perrita, mi bonita compañera, eso via que se paraba un carro frente a la casa y corría a buscarme, daba vueltas y vueltas. Ya sabía ella, ya sabía yo. Me asomaba a la puerta, miraba mis gallinitas y le señalaba la más gordita, ella salía pitada para atraparla.

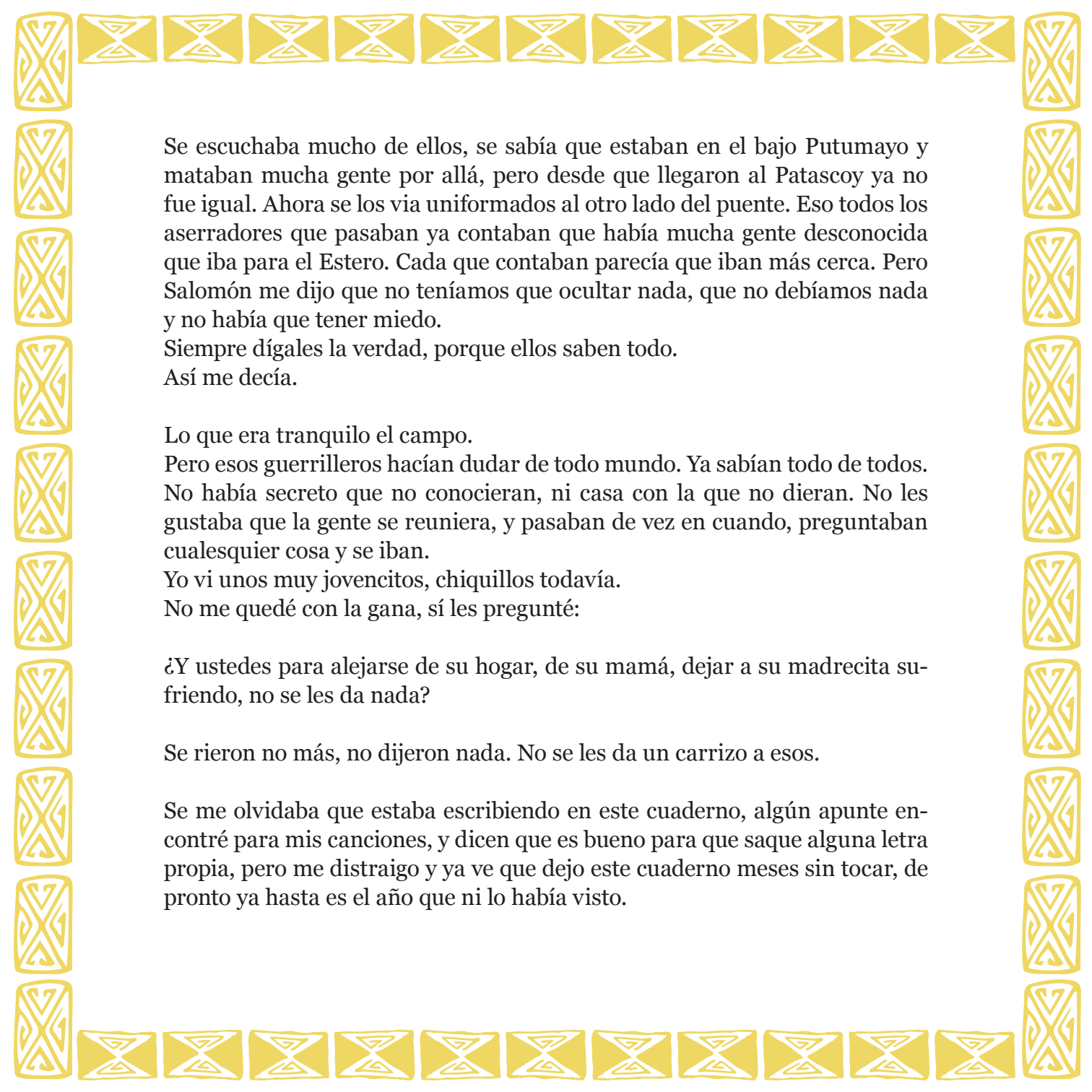
Y mis nietos, cómo jugaban en el potrero, toditos qué contentos.

Un día, solo un día antes nos llevó a todos a comer. Es que oigo su voz como si estuviera aquí mismito.

“Hoy no cocine, vamos a comer algo a Sibundoy”. Mis niños, ¿se acordarán de cómo cantaban toditos con su abuelo mientras íbamos por esa carretera sin pavimentar? Los niños disfrutaron mucho el campo con su abuelo, él los amaba mucho. Por sus niños daba todo. Eso era que llegaran y ya les tenía historias para contarles, a la niña le tenía una cantinita pequeña para la leche. Eran su vida.

*Quando te conocí
no había como tú
con tus ojos bellos
llenos de tu encanto y juventud
y ahora que te vas
ya no brillarán
ni tus pasos llegando
ni tu voz volverá a llamar.*

Me propuse escribir al menos una vez por semana para hacer memoria. No es que no recuerde, porque todo lo revivo con cualquier cosita. Es más por sacarlo de mí, para que no me atormenten más.



Se escuchaba mucho de ellos, se sabía que estaban en el bajo Putumayo y mataban mucha gente por allá, pero desde que llegaron al Patascoy ya no fue igual. Ahora se los via uniformados al otro lado del puente. Eso todos los aserradores que pasaban ya contaban que había mucha gente desconocida que iba para el Estero. Cada que contaban parecía que iban más cerca. Pero Salomón me dijo que no teníamos que ocultar nada, que no debíamos nada y no había que tener miedo.

Siempre dígales la verdad, porque ellos saben todo.
Así me decía.

Lo que era tranquilo el campo.

Pero esos guerrilleros hacían dudar de todo mundo. Ya sabían todo de todos. No había secreto que no conocieran, ni casa con la que no dieran. No les gustaba que la gente se reuniera, y pasaban de vez en cuando, preguntaban cualesquier cosa y se iban.

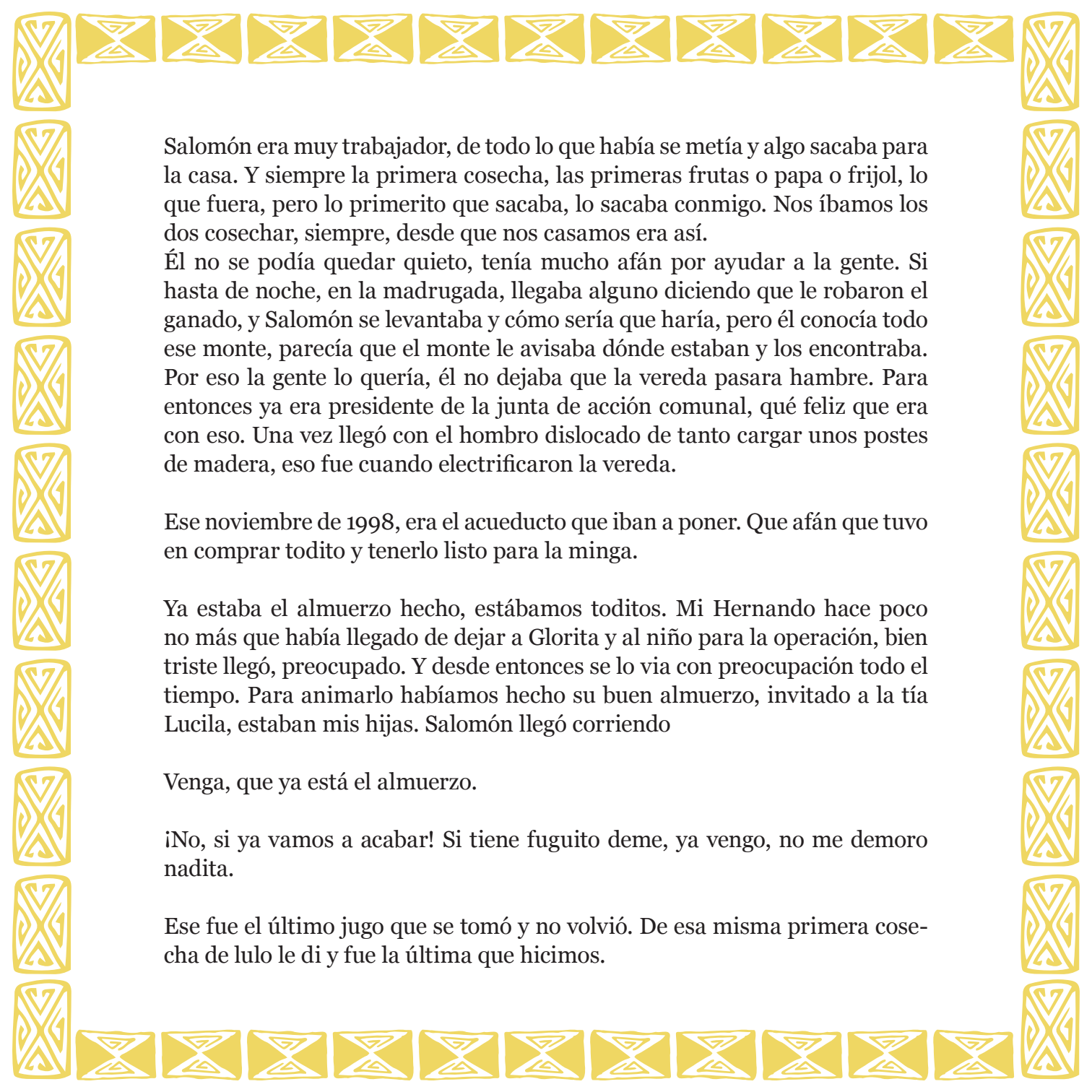
Yo vi unos muy jovencitos, chiquillos todavía.

No me quedé con la gana, sí les pregunté:

¿Y ustedes para alejarse de su hogar, de su mamá, dejar a su madrecita sufriendo, no se les da nada?

Se rieron no más, no dijeron nada. No se les da un carrizo a esos.

Se me olvidaba que estaba escribiendo en este cuaderno, algún apunte encontré para mis canciones, y dicen que es bueno para que saque alguna letra propia, pero me distraigo y ya ve que dejo este cuaderno meses sin tocar, de pronto ya hasta es el año que ni lo había visto.



Salomón era muy trabajador, de todo lo que había se metía y algo sacaba para la casa. Y siempre la primera cosecha, las primeras frutas o papa o frijol, lo que fuera, pero lo primerito que sacaba, lo sacaba conmigo. Nos íbamos los dos cosechar, siempre, desde que nos casamos era así.

Él no se podía quedar quieto, tenía mucho afán por ayudar a la gente. Si hasta de noche, en la madrugada, llegaba alguno diciendo que le robaron el ganado, y Salomón se levantaba y cómo sería que haría, pero él conocía todo ese monte, parecía que el monte le avisaba dónde estaban y los encontraba. Por eso la gente lo quería, él no dejaba que la vereda pasara hambre. Para entonces ya era presidente de la junta de acción comunal, qué feliz que era con eso. Una vez llegó con el hombro dislocado de tanto cargar unos postes de madera, eso fue cuando electrificaron la vereda.

Ese noviembre de 1998, era el acueducto que iban a poner. Que afán que tuvo en comprar todito y tenerlo listo para la minga.

Ya estaba el almuerzo hecho, estábamos toditos. Mi Hernando hace poco no más que había llegado de dejar a Glorita y al niño para la operación, bien triste llegó, preocupado. Y desde entonces se lo via con preocupación todo el tiempo. Para animarlo habíamos hecho su buen almuerzo, invitado a la tía Lucila, estaban mis hijas. Salomón llegó corriendo

Venga, que ya está el almuerzo.

¡No, si ya vamos a acabar! Si tiene fuguito deme, ya vengo, no me demoro nada.

Ese fue el último jugo que se tomó y no volvió. De esa misma primera cosecha de lulo le di y fue la última que hicimos.



Él decía así, fuguito. Se fue corriendo y no lo volví a ver vivo.

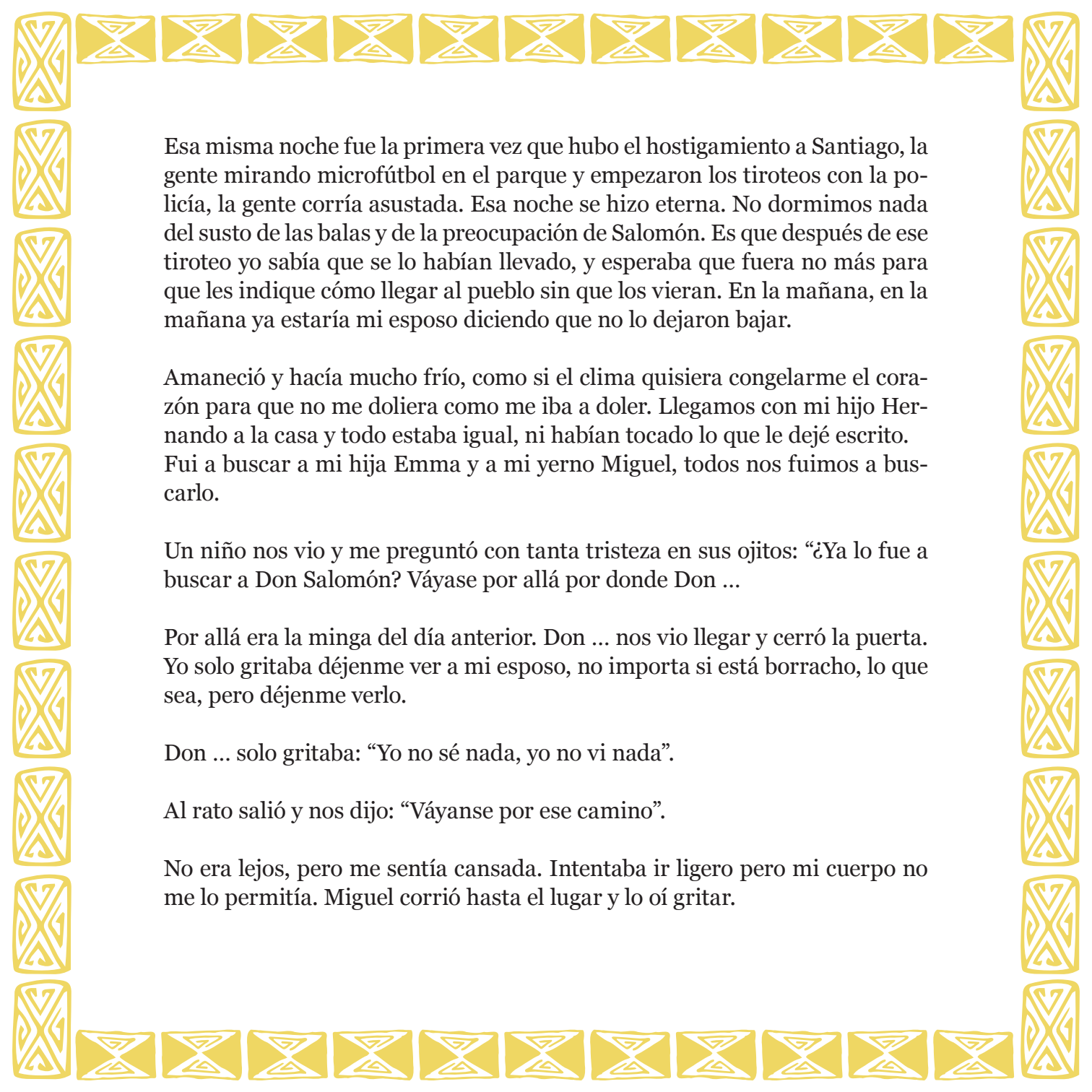
Al ratico llegaron dos personas. ¡Con sayos ingas, todavía! Esos ya no me gustan, los blancos con rayas rojas. Quién se los habrá prestado para hacer el mal. Una de ellas, la reconocí. Me acordaba de cuando era pequeña y su mamá trabajaba con nosotros. Cómo sufriría al ver a su hijita, la que aquí en la quebrada buscaba renacuajos, ahora yéndose al monte con la guerrilla. Preguntaron por Salomón, y siguiendo sus palabras yo les dije la verdad, sin miedo ni temor. Pensé que querían alguna indicación de camino, porque por aquí solo él conocía todas las rutas. Les dije que estaba en la minga. No preguntaron más, no pidieron comida.

Mija estaba ahí en la casa, la tía Lucila también. Justo entre las dos estábamos buscando una mata de tumaqueño y llegó el desespero.

Mi corazón se apeñuscó y no se movía, parecía que se me acababa el aire. Escuchaba allá lejos a mi tía hablar. Me calmaron, pero no quedé tranquila. Se hacía cada vez más tarde y mi esposo no llegaba. Pensé que de pronto se habían puesto a tomar alguna chicha fuerte porque después de la minga siempre dan. La angustia se me notaba en la cara, tanto que mi tía no me dejó quedarme en la vereda. Nos fuimos al pueblo y le dejé en un papelito escrito algo así como esto:

Salomón estoy donde la tía Lucila, no quise quedarme sola aquí, apenas llegue, baje.

Y una angustia que envenena el pensamiento
no me deja dormir tranquila si no te tengo.
Cuándo llegarás para tenerte cerca en mi lecho
que solita sin ti, mi vida, me muero.



Esa misma noche fue la primera vez que hubo el hostigamiento a Santiago, la gente mirando microfútbol en el parque y empezaron los tiroteos con la policía, la gente corría asustada. Esa noche se hizo eterna. No dormimos nada del susto de las balas y de la preocupación de Salomón. Es que después de ese tiroteo yo sabía que se lo habían llevado, y esperaba que fuera no más para que les indique cómo llegar al pueblo sin que los vieran. En la mañana, en la mañana ya estaría mi esposo diciendo que no lo dejaron bajar.

Amaneció y hacía mucho frío, como si el clima quisiera congelarme el corazón para que no me doliera como me iba a doler. Llegamos con mi hijo Hernando a la casa y todo estaba igual, ni habían tocado lo que le dejé escrito. Fui a buscar a mi hija Emma y a mi yerno Miguel, todos nos fuimos a buscarlo.

Un niño nos vio y me preguntó con tanta tristeza en sus ojitos: “¿Ya lo fue a buscar a Don Salomón? Váyase por allá por donde Don ...

Por allá era la minga del día anterior. Don ... nos vio llegar y cerró la puerta. Yo solo gritaba déjenme ver a mi esposo, no importa si está borracho, lo que sea, pero déjenme verlo.

Don ... solo gritaba: “Yo no sé nada, yo no vi nada”.

Al rato salió y nos dijo: “Váyanse por ese camino”.

No era lejos, pero me sentía cansada. Intentaba ir ligero pero mi cuerpo no me lo permitía. Miguel corrió hasta el lugar y lo oí gritar.



“Suegra, acá está el suegro, lo mataron estos hijueputas”.

El tiempo se me detuvo, tantas cosas que hacía y verlo una nada, era muy guapo y verlo hecho nadita, me rompía el alma. Estaba frío. Ya no sabía quién me hablaba y me decían que hay que ir a pedirle permiso a esos desgraciados para llevárnoslo. ¿Cómo podían ser tan crueles de matármelo y no dejar que me lo llevara?

Grité lo más fuerte que pude, una y otra vez.

Yo no voy a hacer nada, por favor, déjenme llevarme a mi marido, por favor. Hernando, mijo, acá está su papá.


Venga, ayúdeme a levantar a mi marido, vengan por dios, ayúdenme que me mataron a mi marido.

Con ese grito un poquito de mi alma se perdió entre el viento, me aferraba a Salomón como si eso pudiera devolverlo. Llegaron a ayudarme con una escalera. Me lo llevan a la casa, les dije. Lo habían puesto en esa escalera y la dejaron entre dos sillas.

Cuando llegué ya habían puesto agua a calentar. Tuve que cortarle las botas que hace poquito se había comprado, y con el amor de todos los años juntos lo desvestí llorando, lo limpié con agua tibia y jabón, llorando lo fui vistiendo de nuevo con su ropa más buena, casi con rabia le reclamaba.

Ahora, ¿qué voy a hacer, Salomón? ¿Qué hago sin usted? No me enseñó a vivir sin usted...

¿Qué le pasó? ¿Qué es que le pasó para dejarme así?



Nos dijeron que teníamos que irnos. Salimos, pero no había nadie en la vereda. Lo que era mi campo tan alegre los domingos y no salió nadie. Ni los pajaritos, ni las gallinas, ninguno hacía ni un solo ruido.

En ambulancia tocó sacarlo de la casa. Bajaron los guerrilleros y en cada lado de la calle nos miraban. Nos dejaron salir, no nos dejaron volver.


Han pasado varios meses sin escribir, volver a leer me hace recordar todo lo que tuvimos que pasar, lo que teníamos y ya no existe.

Jamás perdonaré a esa gente, eso lo sé, y más aún porque no fueron ni quince días cuando obligaron a mi hija a salir del pueblo. Eran ellos mismos, los que mataron a mi esposo, los que obligaban a mi Ruby a irse.

Ella tan fuerte, tan decidida. Llegó diciendo: Mamita, tenemos que ser fuertes, me dieron estas horas para salir del pueblo y nos tenemos que ir.

Ya no era mucho lo que nos quedaba después de haber salido del Cascajo. Empacamos todo lo más rápido que pudimos, alistamos a la niña y nos fuimos. No dejaban que los carros salieran, entonces nos tocó ir hasta Vichoy a esperar taxi para Pasto. De vez en cuando se vía uno que otro guerrillero en la carretera. Yo apretaba a mi nieta y mi hija decía. Mamita, si salen en el camino y me bajan a mí, usted abraza bien fuerte a la niña y no la suelta, en sus manos queda mi niña, mamita.

Más adelante el taxi paró; mi hija se desmayó. Toda su fuerza ya no podía más, ella aguantaba mucho por dentro. Arreglaron el atasco en la vía, y al rato despertó mi hija. Apenas empezábamos diciembre, pero ya se había ido la alegría. Llegamos a Pasto y nos recibieron con tanto amor y ternura que nos sentimos a salvo de esa gente.



Y mijita se fue nuevamente, se fue tan lejos y se despidió diciendo: No se preocupe mamita, verá que el tiempo se pasa rapidito, no me demoro nadita en volver.

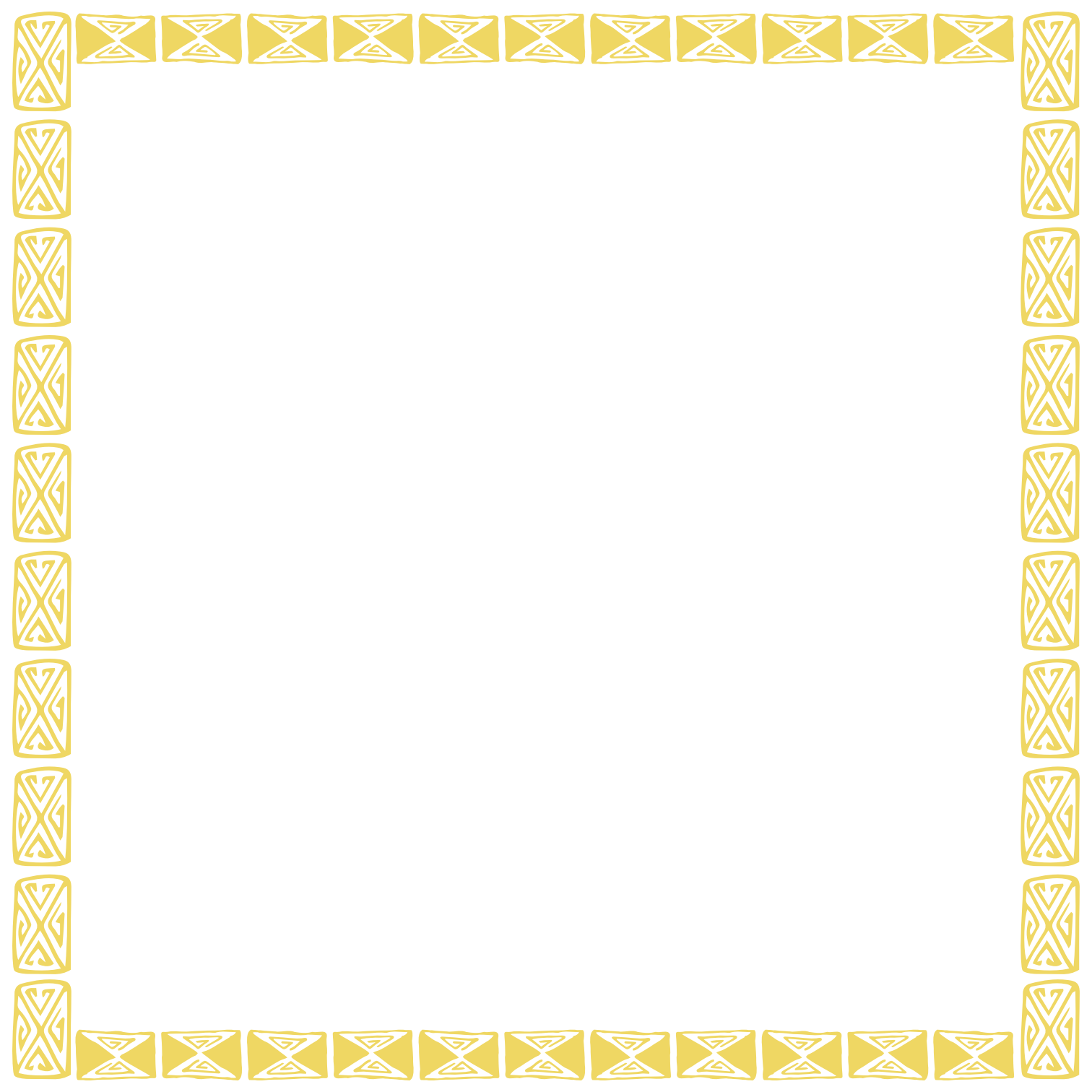
No me queda más que seguir como dice esa canción, esa que me gusta mucho, la del zorzal.

*La linda joven que allí vivía,
Enamorada de aquel zorzal,
Llorando siempre me lo decía,
¿Cuándo tendremos un nido igual?*

*Más pasó el tiempo, cual todo pasa
Como las glorias que ayer soñé
Vino la guerra, dejé mi casa,
Y con los míos también marché.*

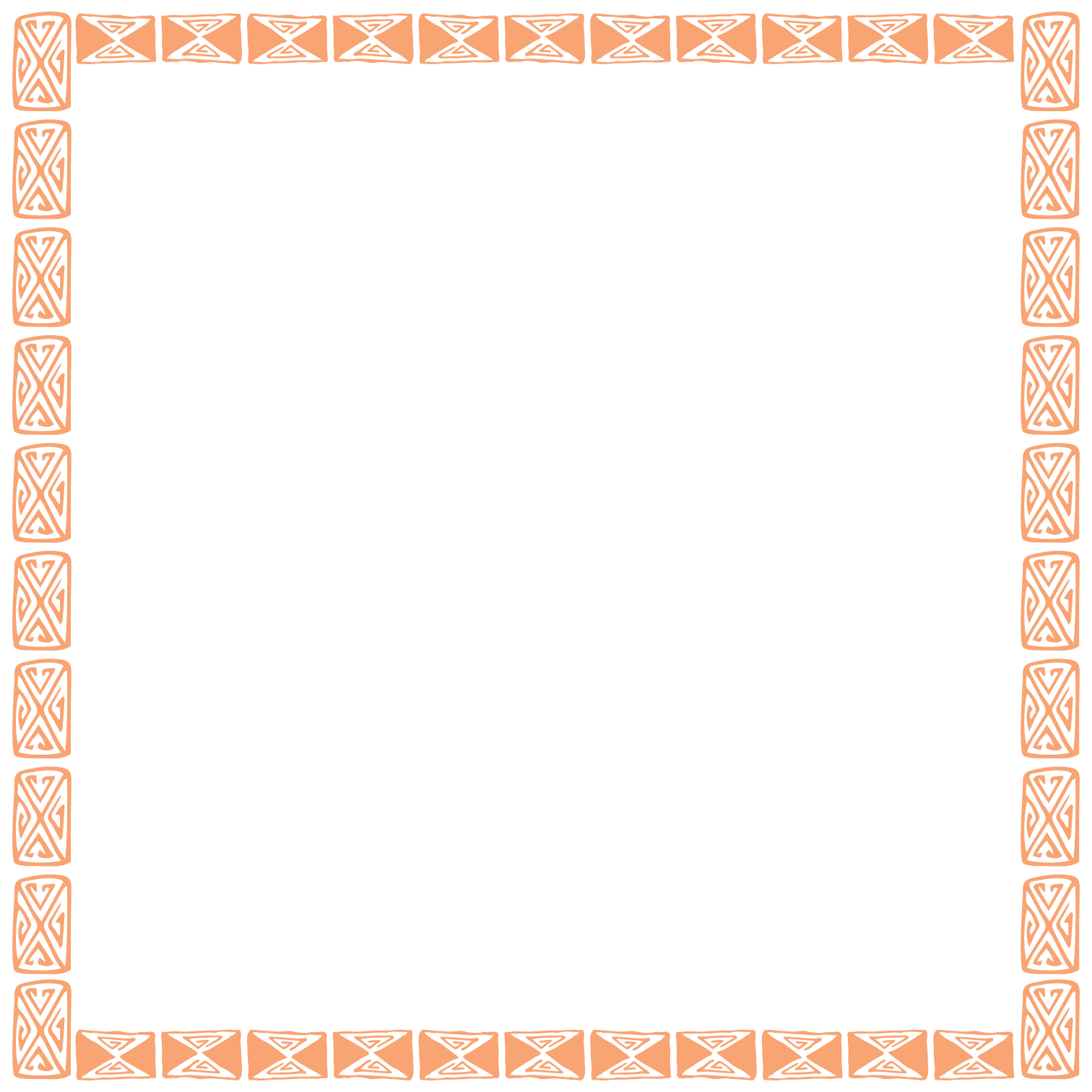
*Más hay un día, mi triste estrella,
Hasta tus lares me encaminó.*

*No había nido, no estaba ella.
Solo en el mundo quedaba yo.*





Cueche





—Mau, ¿qué haces? ¿Por qué te ríes?, ¿qué maldad hiciste, pícaro?

Una voz se escondía en medio de la risa del niño.

—Le dije a la Lau que si cantaba y bailaba como en las películas, los tomates iban a crecer mágicamente ... y ... y ... lleva desde hace rato afuera ... esperando ... que crezcan ahorita.

—¡Loco! Voy a verla porque ya hay que arreglarla.

Las mañanas frías habían dejado de llegar, ahora un sol parecía seguir a los niños en sus juegos y aventuras. Y la ciudad lo agradecía. En el patio, rodeada de tomateros jóvenes bailaba y cantaba un pequeño ser, parecía ser humano de vez en cuando, pero era una imaginación con rizos que habitaba este mundo.

—Laura, venga miya que ya hay que alistarnos para salir.

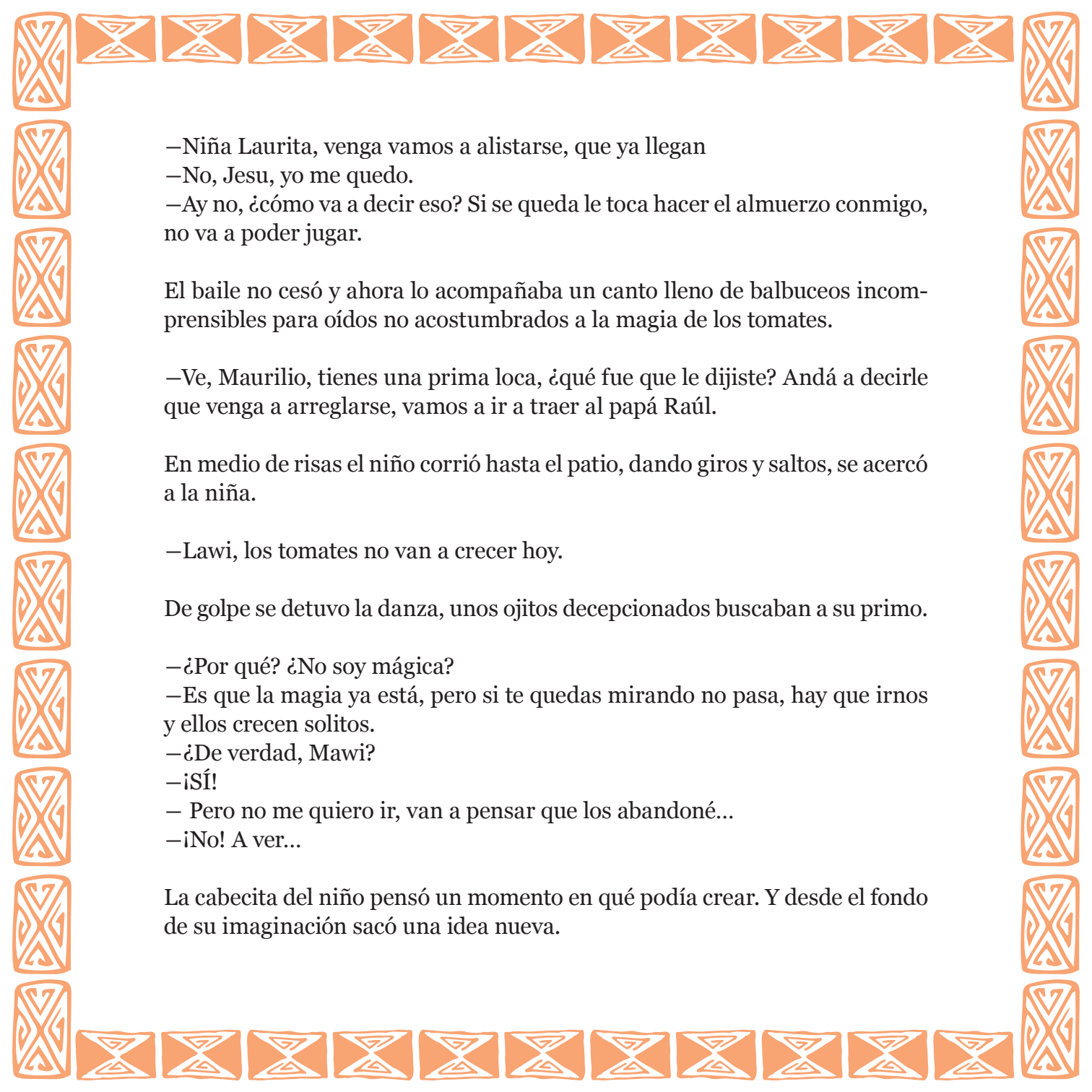
La danza se detuvo un momento. Como analizando la situación, la niña observó a su madre, a los tomates, y mientras reanudaba el baile dijo “no, todavía”.

—Guagua, loca. Afana que nos tenemos que ir.

En respuesta solo consiguió que la niña diera más giros en su danza.

—Ve, Jesu. Decile a la Laurita que venga. No se ha arreglado y ya en esto llegamos a recogerlos con el carro.

—Es que hoy llega don Raúl, ¿no? Cierto que dijo que el viernes llegaban. ‘Pereme le digo.



–Niña Laurita, venga vamos a alistarse, que ya llegan
–No, Jesu, yo me quedo.
–Ay no, ¿cómo va a decir eso? Si se queda le toca hacer el almuerzo conmigo, no va a poder jugar.

El baile no cesó y ahora lo acompañaba un canto lleno de balbuceos incomprensibles para oídos no acostumbrados a la magia de los tomates.

–Ve, Maurilio, tienes una prima loca, ¿qué fue que le dijiste? Andá a decirle que venga a arreglarse, vamos a ir a traer al papá Raúl.

En medio de risas el niño corrió hasta el patio, dando giros y saltos, se acercó a la niña.

–Lawi, los tomates no van a crecer hoy.

De golpe se detuvo la danza, unos ojitos decepcionados buscaban a su primo.

–¿Por qué? ¿No soy mágica?

–Es que la magia ya está, pero si te quedas mirando no pasa, hay que irnos y ellos crecen solitos.

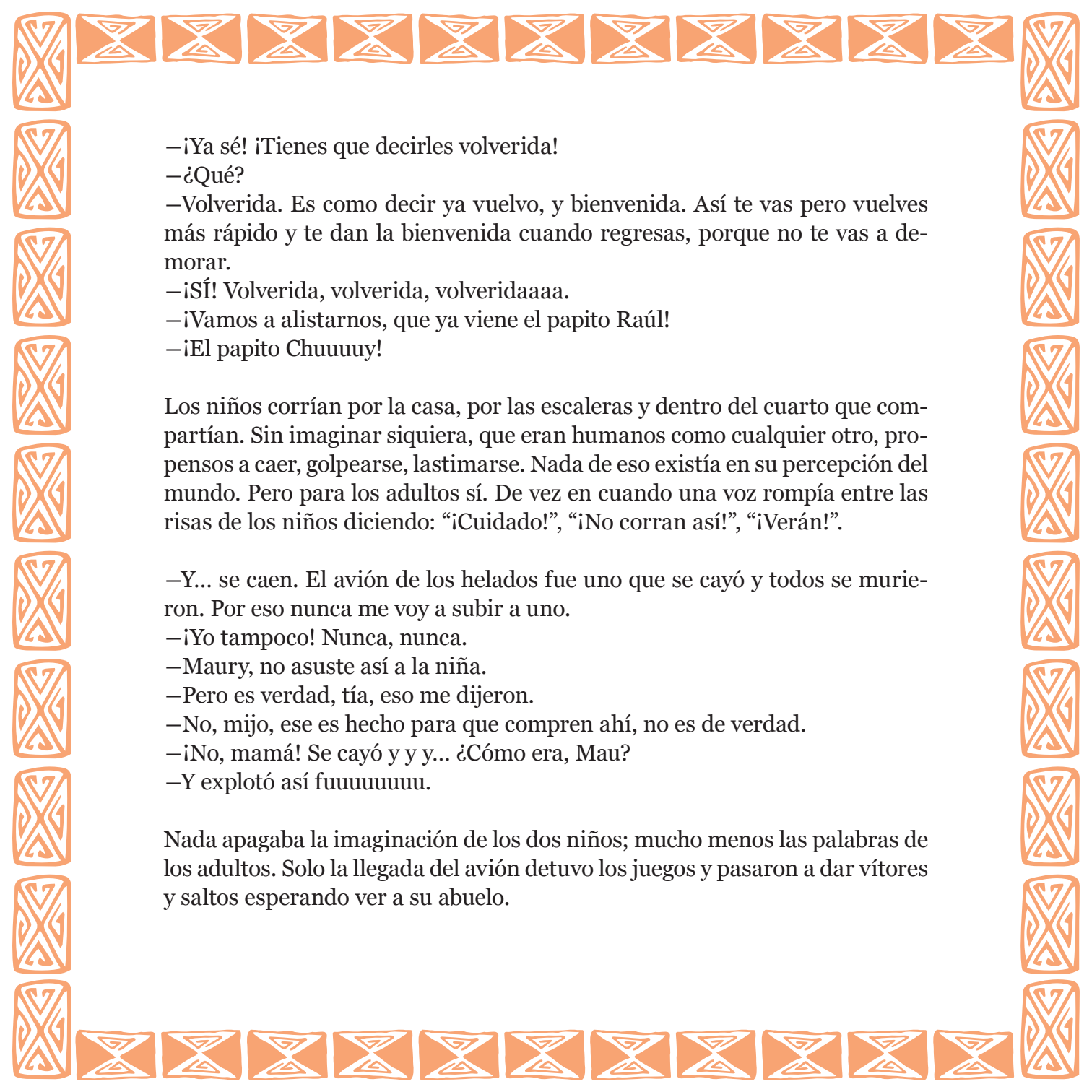
–¿De verdad, Mawi?

–¡SÍ!

– Pero no me quiero ir, van a pensar que los abandoné...

–¡No! A ver...


La cabecita del niño pensó un momento en qué podía crear. Y desde el fondo de su imaginación sacó una idea nueva.

- 
- ¡Ya sé! ¡Tienes que decirles volverida!
- ¿Qué?
- Volverida. Es como decir ya vuelvo, y bienvenida. Así te vas pero vuelves más rápido y te dan la bienvenida cuando regresas, porque no te vas a demorar.
- ¡SÍ! Volverida, volverida, volveridaaaa.
- ¡Vamos a alistarnos, que ya viene el papito Raúl!
- ¡El papito Chuuuuuy!

Los niños corrían por la casa, por las escaleras y dentro del cuarto que compartían. Sin imaginar siquiera, que eran humanos como cualquier otro, propensos a caer, golpearse, lastimarse. Nada de eso existía en su percepción del mundo. Pero para los adultos sí. De vez en cuando una voz rompía entre las risas de los niños diciendo: “¡Cuidado!”, “¡No corran así!”, “¡Verán!”.

- Y... se caen. El avión de los helados fue uno que se cayó y todos se murieron. Por eso nunca me voy a subir a uno.
- ¡Yo tampoco! Nunca, nunca.
- Maury, no asuste así a la niña.
- Pero es verdad, tía, eso me dijeron.
- No, mijo, ese es hecho para que compren ahí, no es de verdad.
- ¡No, mamá! Se cayó y y y... ¿Cómo era, Mau?
- Y explotó así fuuuuuuuuu.

Nada apagaba la imaginación de los dos niños; mucho menos las palabras de los adultos. Solo la llegada del avión detuvo los juegos y pasaron a dar vítores y saltos esperando ver a su abuelo.

- 
- Hija mía, ¿te alzo para que veas cómo se bajan?
–¡Sí, pa!
–Míralos, ahí van en la escalera.
–¿Dónde?
–Están saliendo de la puerta del avión.
–PAPITOOO CHUUUYYYY

Hay una palabra especial que solo emana de los abuelos y que llega a sus nietos para quedarse por siempre en su corazón. Era así como Raúl llegaba a los dos pequeños con una cuerda, partiéndola a la mitad, componiéndola, amarrándola y dejándola sin nudos, una y otra vez hasta que él se cansaba, ellos no.

–Don Raúl, ya me comuniqué con mi papá. Él me comenta que fue a hablar con la comandante del Cascajo y dijo que no, que definitivamente no podían volver. Pero, mi papá se fue a donde otro comandante que está cuidando la vía por Muchivioy. Él le dijo que sí, que podían volver con unas condiciones. Usted mejor que nadie sabe que esas condiciones son monetarias y también unos artículos que pidieron.

- ¿De verdad, Pedrito? Entonces vamos a volver a la casa.
–Va a estar complicado porque tenemos que hacer transbordo, son muchas cosas las que piden, y nos tenemos que desviar por la vía de Muchivioy.
–No, Pedrito, eso está bueno, no importa, el todo es que nos dejen volver. Hablemos bien con Don Marino para que nos espere en el Encano, y si usted puede le encargo que vayan hoy a buscar las cosas que pidieron para llevar. Eso nos van a requisar bien, pero escondamos azúcar, sal, papel, algunas cosas que hagan falta para llevarle a la familia de Santiago. Cómo han de estar con ese paro.



–Bueno, entonces Lily y yo salimos a comprar todo. Hay que avisarles a los niños para que se vayan preparando también.

Mauricio creaba mundos, muy alejados. Con sus palabras, desaparecía los muros, las escaleras y podía transportarse a un risco, una cascada, mar abierto o el cosmos. No había nada que detuviera su magia, solamente la hora de dormir.

–NO, NO TE CREO.

–¡SÍÍ! Anoche estabas cantando dormida, qué locaaa.

–¡NOOO!

–¡QUE SÍ!

–Maury, cuando me vaya, me vas a llamar, ¿no?

–Sí, mi Lau, pero tiene que ser en la mañana de allá.

–¿Por qué?

–Porque aquí es un día diferente. Entonces si llamas en la tarde, aquí es la madrugada, y si llamo en la mañana allá es en la tarde.

–¿En serio?

–¡SÍ! Y también el tiempo es diferente acá a veces ya es jueves y allá es lunes.

–¿Y también llueve?

–¡SÍÍ!

–¿Y de qué color sale el cueche?

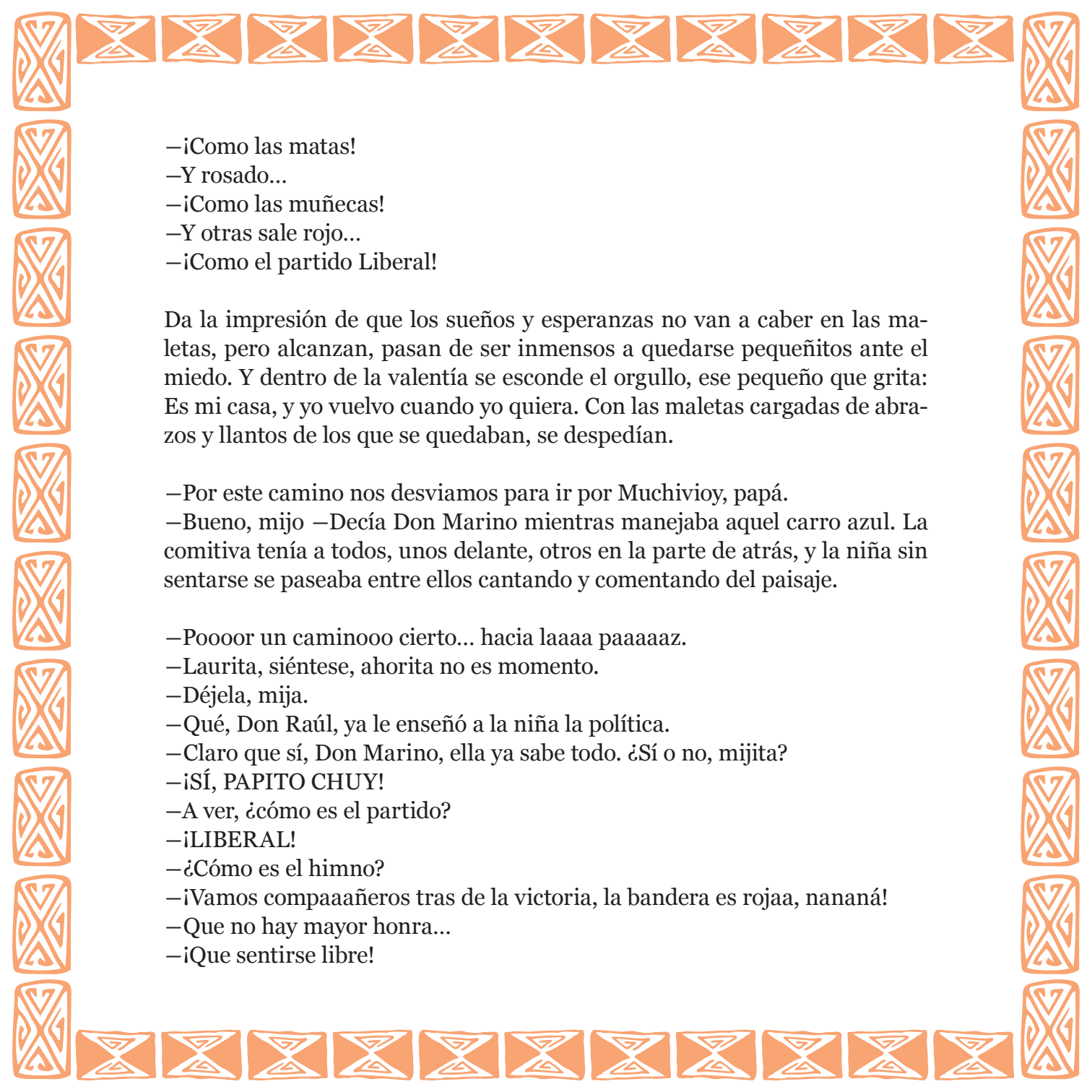
–Acá sale de muchos colores, a veces es ... así... de este color como los muebles.

–¿Gris?

–Ajá, y a veces sale como los dálmatas.

–¡Con manchas!

–Y otras veces verde...

- 
- ¡Como las matas!
 - Y rosado...
 - ¡Como las muñecas!
 - Y otras sale rojo...
 - ¡Como el partido Liberal!

Da la impresión de que los sueños y esperanzas no van a caber en las maletas, pero alcanzan, pasan de ser inmensos a quedarse pequeñitos ante el miedo. Y dentro de la valentía se esconde el orgullo, ese pequeño que grita: Es mi casa, y yo vuelvo cuando yo quiera. Con las maletas cargadas de abrazos y llantos de los que se quedaban, se despedían.

- Por este camino nos desviamos para ir por Muchivioy, papá.
- Bueno, mijo – Decía Don Marino mientras manejaba aquel carro azul. La comitiva tenía a todos, unos delante, otros en la parte de atrás, y la niña sin sentarse se paseaba entre ellos cantando y comentando del paisaje.

- Pooooor un caminooo cierto... hacia laaaa paaaaaz.
- Laurita, siéntese, ahorita no es momento.
- Déjela, mija.
- Qué, Don Raúl, ya le enseñó a la niña la política.
- Claro que sí, Don Marino, ella ya sabe todo. ¿Sí o no, mijita?
- ¡SÍ, PAPITO CHUY!
- A ver, ¿cómo es el partido?
- ¡LIBERAL!
- ¿Cómo es el himno?
- ¡Vamos compaaañeros tras de la victoria, la bandera es rojaa, nananá!
- Que no hay mayor honra...
- ¡Que sentirse libre!

–Ni más grande orgullo...

–¡QUE SER LIBERAL! ¡QUE VIVA EL PARTIDO LIBERAL!

Ante la niña, ninguno podía no responder, y todos al unísono decían: ¡Que viva! Para Raúl su orgullo de trabajar tantos años en política se veía hoy en su nieta, la pequeña que no paraba de hablar, de jugar y moverse, era su vida. Sin embargo, para su hija y su esposa, que estaban más allá de los vítores, solo había preocupación. Pronto el camino se llenó de muchachos jóvenes armados que los miraban pasar sosteniendo los rifles. Se hacían paradas regulares y se iban dejando los encargos, cajas de cigarrillo, medicamentos, enlatados. Hasta que dos jóvenes se colgaron de los lados del carro.

–Ve los ejércitos cómo se cuelgan.

–¿Los ejércitos, Jesu?

–Sí, véales los uniformes, qué locos.

–No Jesucita, esos son de la guerrilla.

–Por eso, lo mismo.

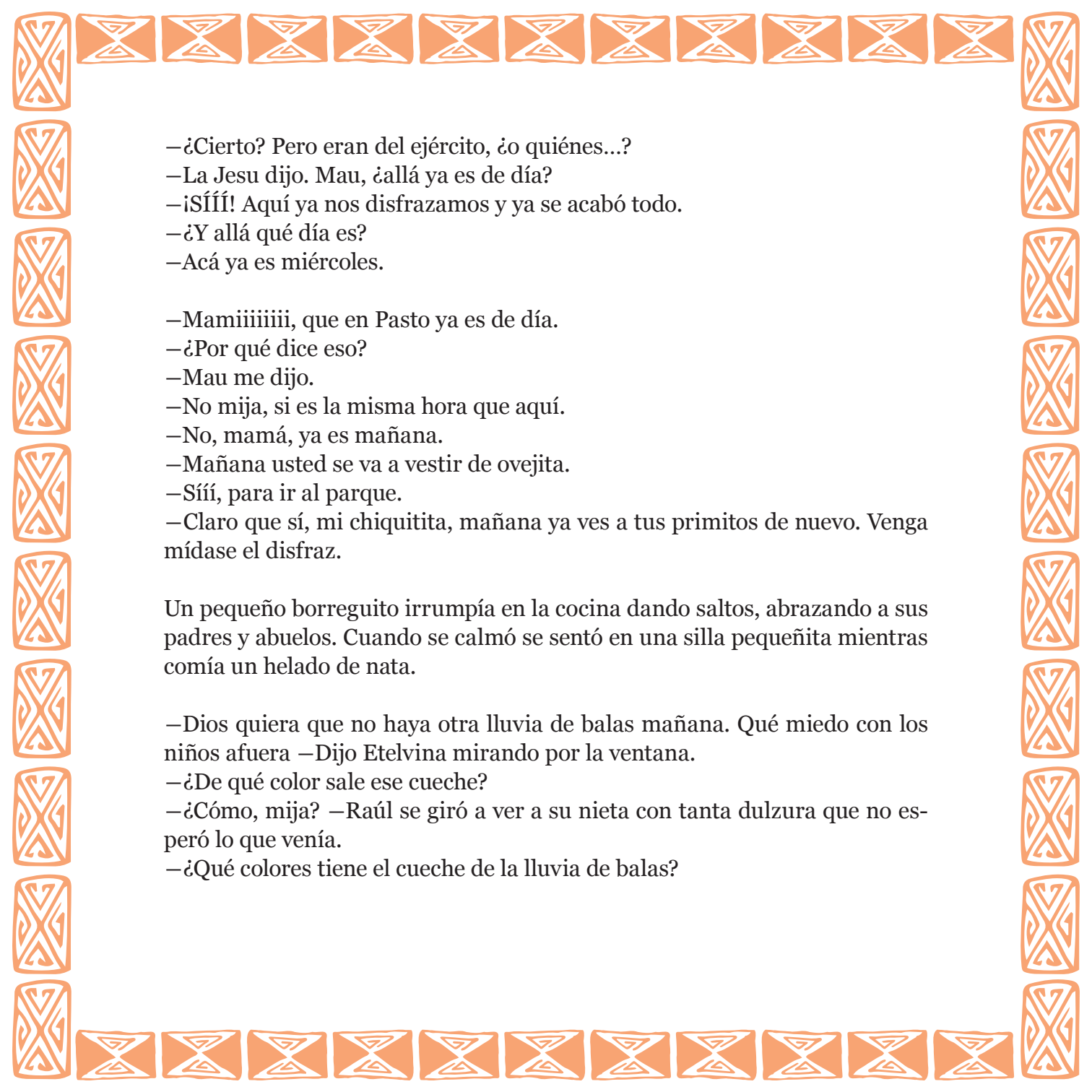
Cuando el camino llegó a su fin, el pueblo les saludaba en la calma de quién sufre. No pasaban carros, no salía la gente. Llevaban muchos días de paro armado, donde no podían moverse entre los pueblos, ni llegaba mercancía, ni comida, no podían vender la leche, ni las cosechas.

–Laurita, venga, al teléfono está su primo.

–¿Aló?

–¿Cómo llegaron, Lau?

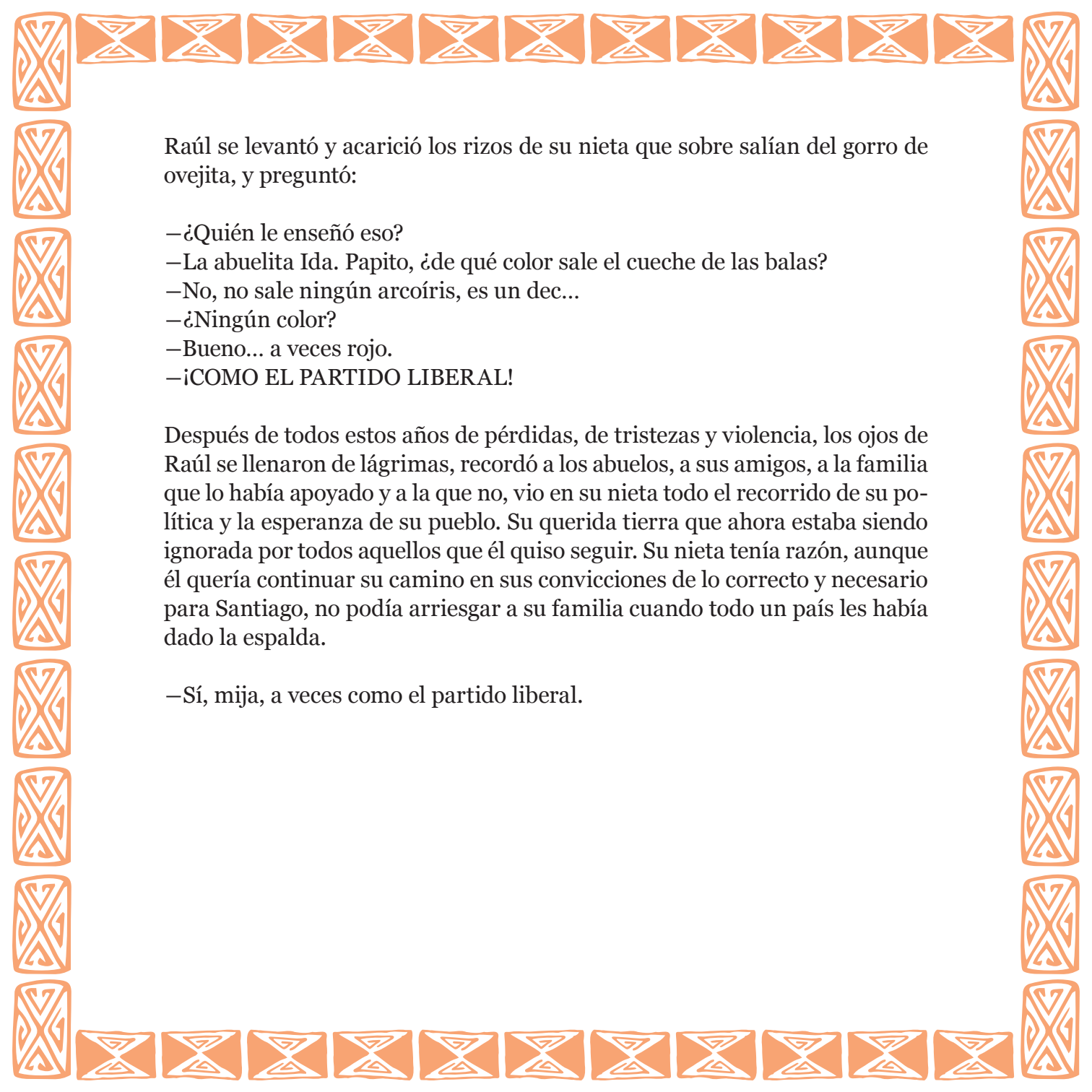
–Bieeeeeen, casi no hay nadie, todavía no veo a Cami, ni a la abuela, pero en en en ... en el camino había muchos ejércitos.

- 
- ¿Cierto? Pero eran del ejército, ¿o quiénes...?
–La Jesu dijo. Mau, ¿allá ya es de día?
–¡SÍÍÍ! Aquí ya nos disfrazamos y ya se acabó todo.
–¿Y allá qué día es?
–Acá ya es miércoles.

- Mamiiiiiiii, que en Pasto ya es de día.
–¿Por qué dice eso?
–Mau me dijo.
–No hija, si es la misma hora que aquí.
–No, mamá, ya es mañana.
–Mañana usted se va a vestir de ovejita.
–Sííí, para ir al parque.
–Claro que sí, mi chiquitita, mañana ya ves a tus primitos de nuevo. Venga mídase el disfraz.

Un pequeño borreguito irrumpía en la cocina dando saltos, abrazando a sus padres y abuelos. Cuando se calmó se sentó en una silla pequeña mientras comía un helado de nata.

- Dios quiera que no haya otra lluvia de balas mañana. Qué miedo con los niños afuera –Dijo Etelvina mirando por la ventana.
–¿De qué color sale ese cueche?
–¿Cómo, hija? –Raúl se giró a ver a su nieta con tanta dulzura que no esperó lo que venía.
–¿Qué colores tiene el cueche de la lluvia de balas?



Raúl se levantó y acarició los rizos de su nieta que sobre salían del gorro de ovejita, y preguntó:

—¿Quién le enseñó eso?

—La abuelita Ida. Papito, ¿de qué color sale el cueche de las balas?

—No, no sale ningún arcoíris, es un dec...

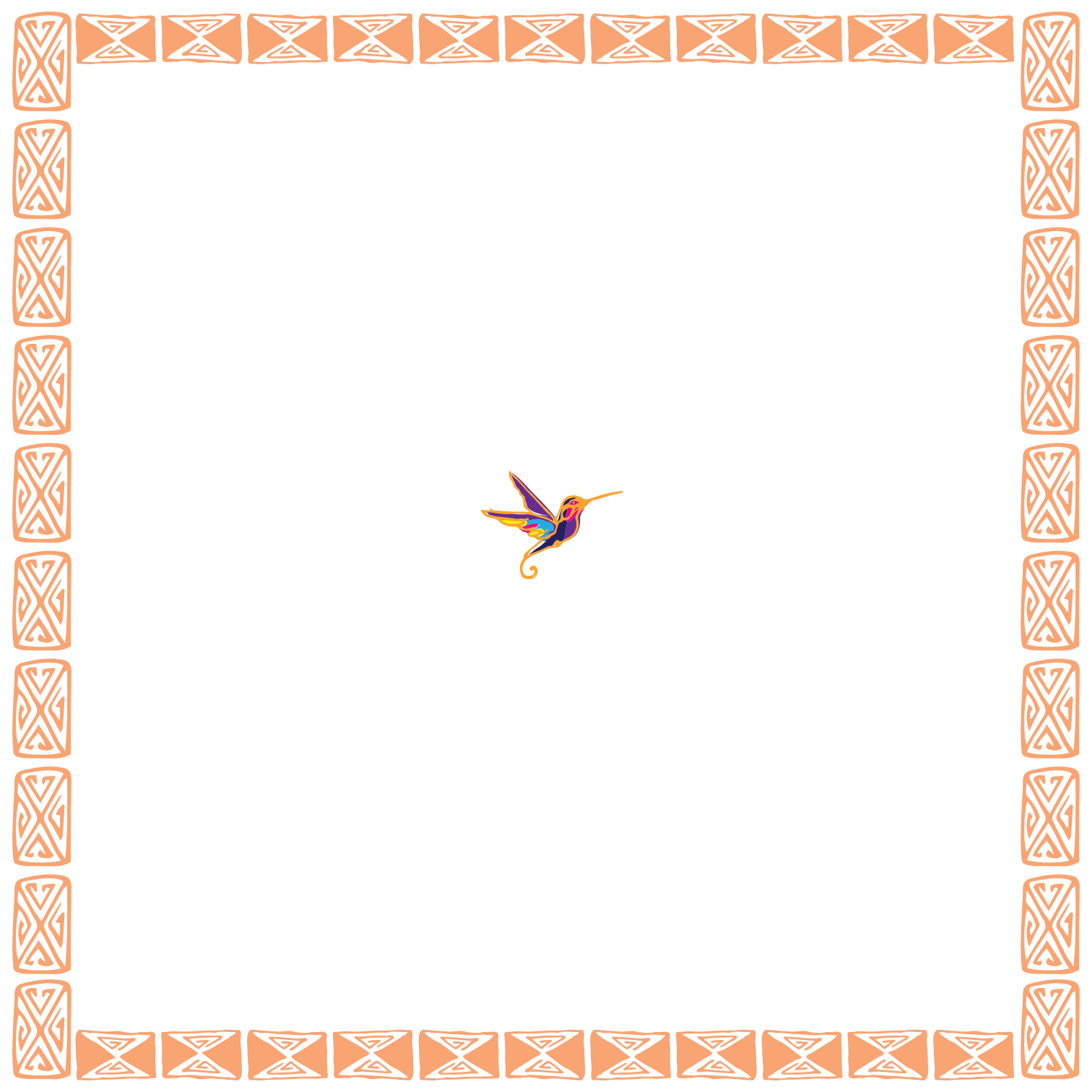
—¿Ningún color?

—Bueno... a veces rojo.

—¡COMO EL PARTIDO LIBERAL!

Después de todos estos años de pérdidas, de tristezas y violencia, los ojos de Raúl se llenaron de lágrimas, recordó a los abuelos, a sus amigos, a la familia que lo había apoyado y a la que no, vio en su nieta todo el recorrido de su política y la esperanza de su pueblo. Su querida tierra que ahora estaba siendo ignorada por todos aquellos que él quiso seguir. Su nieta tenía razón, aunque él quería continuar su camino en sus convicciones de lo correcto y necesario para Santiago, no podía arriesgar a su familia cuando todo un país les había dado la espalda.

—Sí, miya, a veces como el partido liberal.





Nota de la autora

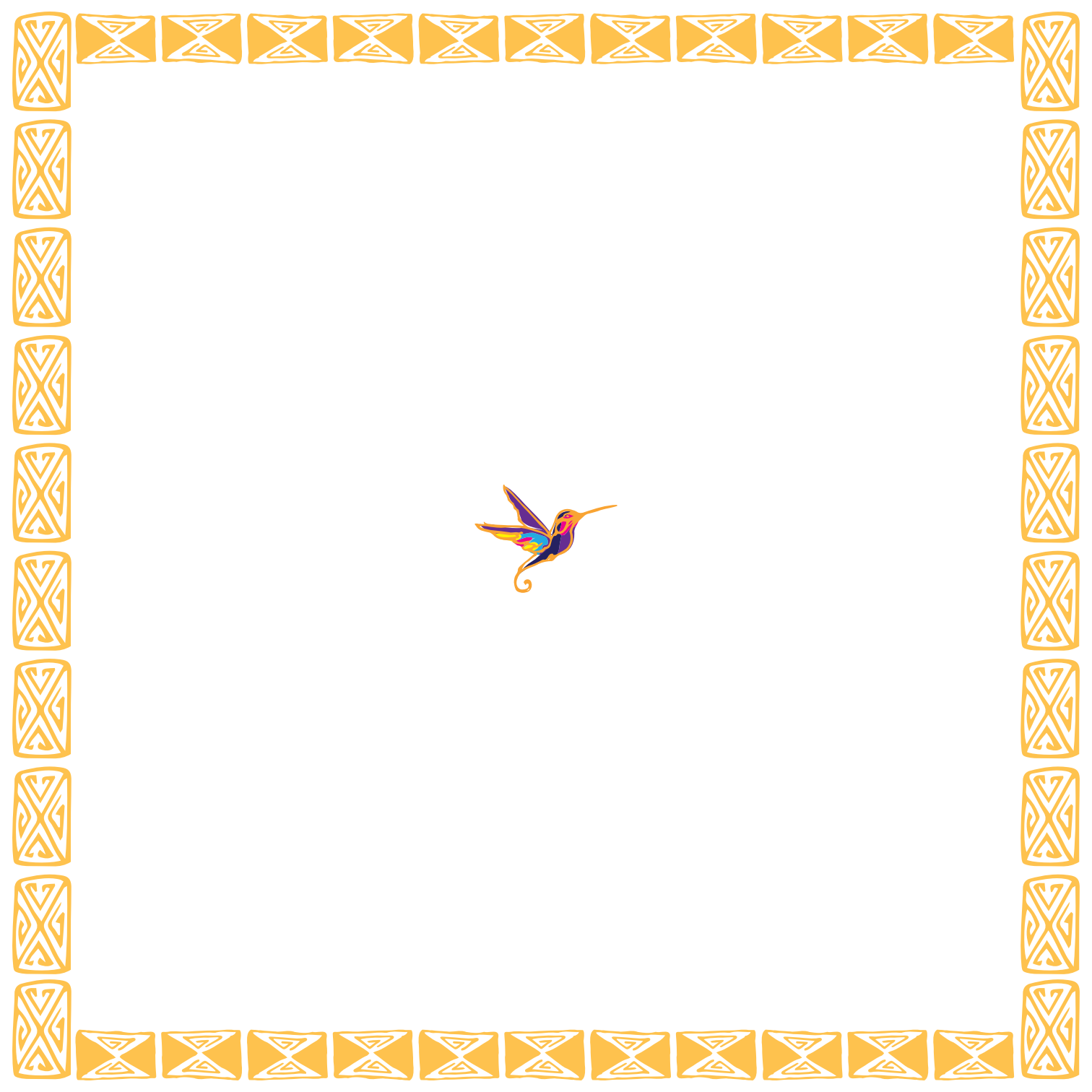
Desde 1992 iniciaron las tomas guerrilleras de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en Putumayo, las cuales perduraron hasta 2004, siendo la causa de masacres, desplazamiento forzado, hostigamiento, secuestro, extorsión y múltiples formas de violencia.

En el alto Putumayo se registró el 21 de diciembre de 1997 la toma de Patascoy, una masacre en territorio sagrado para las comunidades indígenas del Valle de Sibundoy. Los años posteriores se registraron tiroteos, amenazas y las comunidades Inga, Kämentsä y Quillasingas fueron víctimas directas de esta violencia. No solo su integridad, sino que también sus costumbres y tradiciones fueron profanadas a causa de un gobierno que les dió la espalda ante la guerra con las FARC.

Estas historias son un homenaje a mi madre, abuela, tías, y todas las mujeres de mi comunidad que sufrieron a causa del conflicto armado. La recopilación de estas historias de voces femeninas quillasingas, se hacen con el fin de resignificar su dolor a través de la creación, y dar a conocer la palabra y las historias que yacen en la parte más vulnerable del corazón de estas mujeres.

¿Hay cueche después de la bala?

De cada una de las mujeres campesinas, indígenas y colonas Santiagueñas he obtenido un claro SÍ. Existe un cueche que se logra solamente con la fortaleza y el amor. Es imposible borrar toda la historia y el dolor que se ha vivido, pero es necesario el seguir adelante. De cada una de estas mujeres he aprendido que no hay mayor virtud que el sobreponerse a las dificultades de la vida.



Vocabulario

Cueche: Arcoíris.

Guagua: Niño o niña.

Chamizo: Arbusto sin hojas o rama seca.

Chuquia: Terreno húmedo, pantanoso.

Yuspirse: Lastimarse, golpearse, aporrearse.

Via, vian: Forma irregular en desuso del verbo ver. Via, veía. Vian, veían.

Tulpa: Fogón conformado por tres piedras, alrededor del cual se reúne la familia a conversar, recordar anécdotas y transmitir saberes.

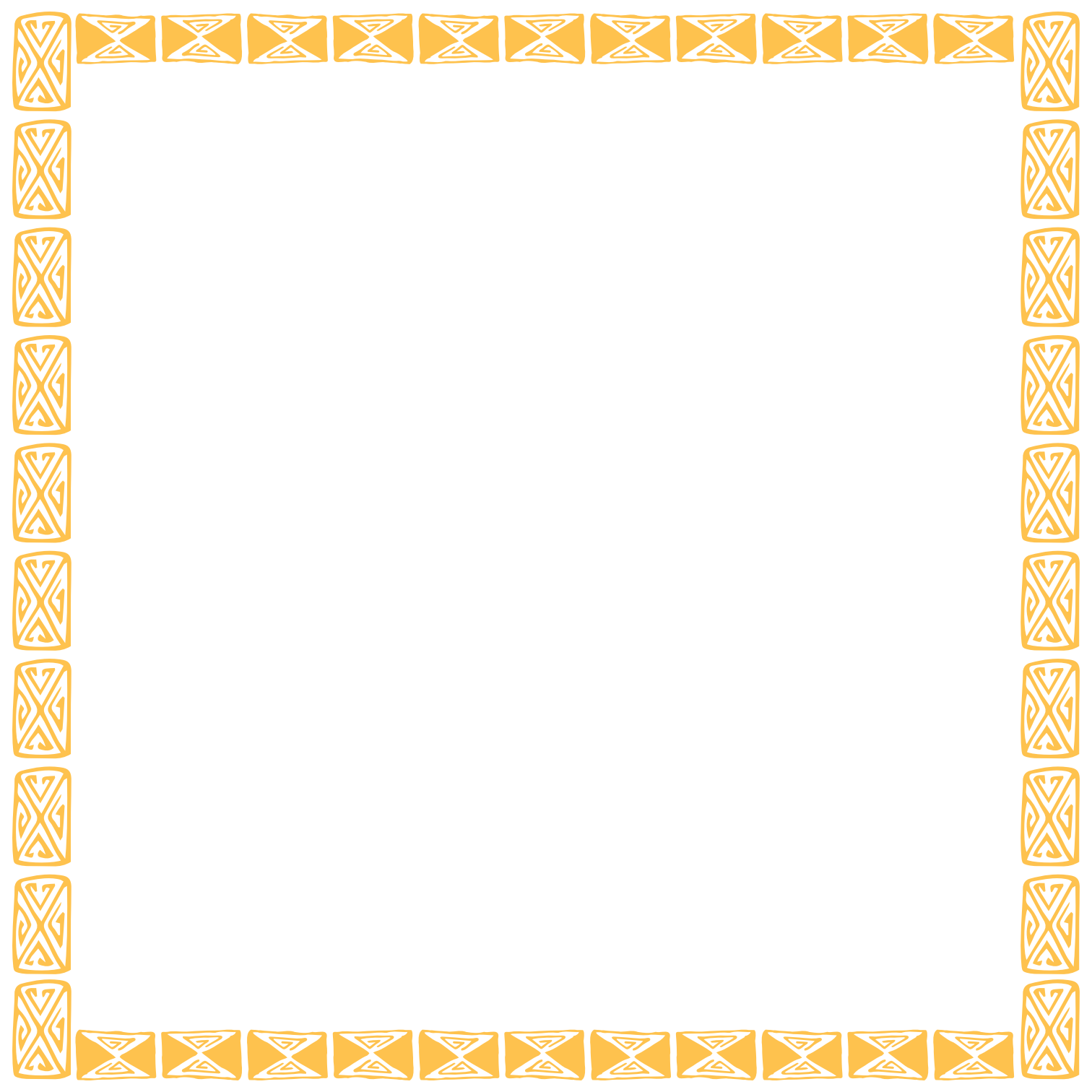
Patacoy: Volcán inactivo que hace parte de la cosmovisión sagrada de las comunidades Inga, Kämentsä y Quillasingas del Valle de Sibundoy.

Cuscungo: Ave nocturna similar a las lechuzas.

Minga: Unión de amigos, vecinos, conocidos para trabajo solidario, en el que se proporciona alimentos y chicha.

Tumaqueño: Planta de hojas grandes, sus raíces son comestibles.

Veredas mencionadas del municipio de Santiago:
Arcanchi, Vichoy, Cascajo, Balsayaco, Platoyaco, Fuisanoy, Muchivioy.





Mujer

1998

